



VOL: AÑO 10, NUMERO 27

FECHA: ENERO-ABRIL 1995

TEMA: ACTORES, CLASES Y MOVIMIENTOS SOCIALES I

TITULO: **La modernización de la Europa meridional: Una interpretación sociológica**

AUTOR: *Salvador Giner* [*]

SECCION: Artículos

RESUMEN:

Este estudio constituye un intento de interpretación causal y descriptiva de las tendencias, causas generales y rasgos comunes o diferenciales de varias de las sociedades que ocupan el flanco Sur de Europa a través de un período relativamente largo de tiempo. Se intenta esclarecer preguntas acerca de su pobreza tradicional; la supuesta debilidad de sus sociedades civiles; la tardanza y deficiencias de su industrialización; la presunta inestabilidad de su vida política; la frecuencia histórica de sus gobiernos dictatoriales; la virulencia de sus conflictos de clase e ideología y la persistencia de sus características "arcaizantes", a pesar de los avances de su modernización. También se intenta brindar una explicación de los procesos de transición que han ocurrido en los países de Europa meridional hacia la democracia liberal y hacia la consolidación posterior de sus perfiles sociales.

ABSTRACT:

The Modernization of Southern Europe. A Sociological Interpretation

This work constitutes an attempt to give a casual and descriptive interpretation of the tendencies, general causes and common or differential features of several of the societies that occupy Southern Europe, through a relatively long period of time. This essay tries to clear out some questions about their traditional poverty; the supposed weakness of their civil societies; the delay and insufficiency of their industrialization; the so-called unsteadiness of their political life; the historical frequency of their dictatorial governments; the virulence of their class and ideological conflicts and the persistence of their "archaistic" characteristics, in spite of the progress of their modernization. Also, this essay tries to give an explanation of the transition process that has taken place in the countries of Southern Europe towards liberal democracy, and the later strengthening of their social profiles.

TEXTO

Antecedentes y agradecimientos

El presente estudio viene precedido por varias versiones anteriores, ninguna de ellas tan amplia como ésta. En ella se incorporan, una vez más, reformas y ampliaciones que mejoran el texto.

El origen remoto de La Modernización de la Europa Meridional está en una ponencia presentada en un Coloquio internacional que tuvo lugar en el Centro de Investigaciones Sociológicas de Madrid, en 1979, en torno a la transición de la dictadura a la democracia

en la América Latina y en la Europa del Sur. Apareció en el libro compilado por Julián Santamaría *Transición a la Democracia en el Sur de Europa y América Latina* (Madrid: C.I.S., 1982, pp. 11-58). Dicha ponencia fue presentada, a instancias de Ann Bayley y Josep Ramon Llobera, en una reunión internacional sobre antropología del Mediterráneo, en el University College, de Londres, tras ser revisada durante un año sabático en Yale University. Allí fue leída críticamente por Maurizio Cotta y Miguel Jerez, de quienes recibí sugerencias provechosas. Fruto de ello fue el artículo, abreviado, "Political Economy, Legitimation and the State in Southern Europe", *British Journal of Sociology* (Vol. 33, nº 2, Junio, 1982, pp. 170-197), y el capítulo del mismo título (no abreviado) en el libro compilado por R. Hudson y J. Lewis, *Uneven Development in Southern Europe* (Londres y Nueva York: Methuen, 1985, pp. 309-350). Una ulterior revisión, para la conferencia sobre "Transitions from Authoritarianism and Prospects for Democracy in Latin America and Southern Europe" en el Woodrow Wilson International Center for Scholars en Washington, 1981, que incluía referencias a Turquía, vio la luz en el libro compilado por Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter, *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986, pp. 11-44), el cual recogía trabajos presentados en el Wilson Center. Mientras tanto había aparecido una traducción castellana, redactada por mí, en la revista *Sistema* (noviembre de 1982, nº 50-51, pp. 7-37). Por su parte Giovanni Arrighi publicó una italiana en *Sviluppo* (nº 39, abril-junio, 1984, pp. 130-147). Finalmente, la presente última versión fue preparada para su presentación en la Universidad de Roma, La Sapienza, (Febrero de 1993) por invitación del profesor Carlo Mongardini, a quien agradezco la oportunidad.

Un trabajo que, aunque breve, posee una historia de publicaciones previas como la mencionada y que ha sido expuesto en todo o en parte ante varios seminarios o reuniones de profesionales o ante gentes interesadas por lo que trata debe mucho, afortunadamente, a muchas personas. Algunas han sido ya mencionadas. Otras me han ayudado con sus críticas y sugerencias de modo excepcional: Lila Leontidou, John Macdonald, Edward Malefakis, Nicos Mouzelis y Philippe Schmitter. Esta última versión se ha beneficiado, además, de mi participación en el proyecto sobre Intereses Organizados y Consolidación de la Democracia en la Europa Sur, iniciado en su día por Leonardo Morlino y por mí mismo, y realizado luego en el marco del Instituto Universitario Europeo de Florencia entre 1986 y 1988.

Prefacio

La evolución histórica reciente de la Europa meridional suscita un número de interrogantes interesantes que no parecen fáciles de despejar. Este ensayo intenta dar algunas respuestas tentativas y, a no dudarlo, harto incompletas, a las incógnitas que plantea el estudio de la peculiar senda que la modernización ha tomado en esa región europea. Es un bosquejo de sociología histórica.

Cuando compuse la primera e incipiente versión de este trabajo había una ausencia casi total de indagaciones comparativas, históricas y sociológicas, sobre la región mediterránea de Europa en su época moderna y contemporánea. Aunque no creo que la primera salida de estos papeles -o, mejor dicho, la de aquellos papeles que dieron origen a éstos- paliara en mucho la carencia, lo cierto es que gozaron de cierta demanda. Ello permitió su sucesiva publicación en varios países, y su ampliación y revisión consiguientes, a pesar de la modestia de sus objetivos.

El estudio que sigue constituye un mero intento de interpretación, en cierta medida causal a la par que descriptiva. En él se identifican tendencias, causas generales y rasgos comunes o diferenciales de varias de las sociedades que ocupan el flanco Sur de Europa

a través de un período relativamente largo de tiempo. Como es natural el enfoque ensayístico impone limitaciones serias que algún estudio más extenso, riguroso y pormenorizado estará destinado a superar.

Esencialmente se intenta aquí esclarecer un haz de preguntas características acerca de la historia y el presente de las sociedades meridionales de nuestro continente. Preguntas acerca de su pobreza tradicional; la debilidad supuesta de sus sociedades civiles; la tardanza y deficiencias de su industrialización; la presunta inestabilidad de su vida política; la frecuencia histórica de sus gobiernos dictatoriales; la virulencia de sus conflictos de clase e ideología; la persistencia de características 'arcaizantes' a pesar de los avances de la modernización. Se intenta también dar, en estas reflexiones, una explicación acerca de los procesos de transición que han ocurrido en esos países hacia la democracia liberal y hacia su consolidación posterior, al tiempo que se intenta determinar la naturaleza precisa de las politeyas que así han surgido.

El enfoque es, amén de histórico, macrosociológico, es decir, se toman en consideración estructuras, características, acontecimientos y conductas humanas intencionales que atañen a sociedades enteras o por lo menos a grandes sectores dentro de ellas. Es, también comparativo, en el sentido de que intenta desvelar aspectos comunes (sin eludir jamás los rasgos diferenciales) que surgen entre varias sociedades, situadas en un espacio geográfico, económico y político identificable, en la Europa meridional del ámbito occidental: Grecia, Italia, España y Portugal. Por esa razón se excluye la mayor parte de los Balcanes. Se hacen referencias a Turquía (que es y no es del todo un caso aparte) pero ese país no entra de lleno en la discusión. En todo caso, mi intención ha sido identificar y analizar corrientes históricas comunes a los cuatro países y demostrar que, no obstante todos los pesares, es posible e interesante analizar conjuntamente su trayectoria hacia la plena modernidad.

La economía política, el poder, la legitimación cultural del orden social, las clases y las escisiones, conflictos y modos de dominación son los procesos (con exclusión inevitable de otros) a los que se presta mayor atención. Se ha logrado descubrir así, a mi juicio, una unidad profunda y una comunidad de experiencia y vida sorprendentes para un conjunto de sociedades que coexistían aparte las unas de las otras, en aislada contigüidad. Se han desvelado también procesos históricos paralelos o convergentes, destinos comunes y desventuras y aventuras compartidas por todos los pueblos de la Europa Sur.

I. La senda de la modernización en la Europa Sureña

Los países de la Europa meridional parecían, no ha mucho, estar encallados a medio camino entre las naciones plenamente avanzadas y aquellas partes del mundo mucho más remotas de los centros históricos que iniciaron la modernización. Su paso lento y tardío (y tal vez incompleto) de un lugar intermedio en la industrialización y periférico o semiperiférico en la división mundial capitalista del poder y del trabajo a otra mucho más central, las sitúa en una posición para el análisis histórico que difiere de la acostumbrada.

[1]

Tal análisis se complica ya desde el principio a causa de las ambivalencias y ambigüedades que son endémicas a la región. Así, ciertas zonas de esa parte de Europa han poseído por largo tiempo burguesías dotadas de una mentalidad abiertamente moderna, las cuales no necesitaron importar a su país ni el capitalismo ni la industria, sino que impusieron ambos por sí mismas. Estamos, además, ante sociedades que han sido siempre europeas en un sentido fundamental y nada periférico o marginal de la palabra, salvo tal vez en las mentes de algunos viajeros norteamericanos, sedientos de exotismo. Dos de las naciones meridionales, España y Portugal, fueron metrópolis de vastos y muy

duraderos imperios, con lo cual participaron en la forja del sistema mundial eurocéntrico -hoy periclitado- de interdependencia económica y hegemonía política, si bien es cierto que otra, Grecia, no sólo no fue nunca potencia imperial, sino que formó parte, hasta 1821, de un imperio oriental.

Los pueblos europeos mediterráneos han sido presa de la presencia simultánea en su seno de tendencias contradictorias, estadios dispares de desarrollo económico y, en varios casos, de las tensiones que engendra la diversidad étnica cuando va unida a las diferencias de riqueza o poder político. Se han afirmado en su seno las corrientes más diversas e irreconciliables entre sí: el universalismo moral que exige la modernidad y las lealtades locales y familiares que se plasman en el patronazgo; la legitimación religiosa de las instituciones públicas y el secularismo militante; la intransigencia política doctrinaria y las ideologías más pragmáticas y expeditivas; la industrialización dependiente de la inversión capitalista extranjera y el capitalismo autóctono, seguido más tarde por la intervención económica inversora del Estado. Por todo ello las sociedades europeas meridionales no podían situarse fácilmente a lo largo de los continuos imaginarios que, con desaliño, suelen usarse para clasificar a los países entre el primitivismo o, más a menudo, el atraso y la modernidad, el capitalismo preindustrial y el avanzado, el fatalismo tradicional y el individualismo emprendedor, la mentalidad religiosa acientífica y la racionalista y técnica. El enfrentamiento de estas fuerzas encontradas sobre la orilla norte del Mediterráneo, y las sucesivas soluciones antidemocráticas que han surgido históricamente en todos los países de la región confieren a toda ella -a pesar de sus notorias variedades internas- una considerable unidad y hasta una entidad común en el seno del proceso europeo general en virtud del cual este continente ha originado y experimentado la gran mudanza histórica que recibe el nombre de modernización.

Esa unidad, junto a ciertas continuidades históricas y la situación económica y geopolítica compartida sobre el flanco sur de Europa, permite avanzar algunas prudentes generalizaciones. En este ensayo me propongo hacer tal cosa mediante el análisis de algunos aspectos importantes de las estructuras de clase y poder que resultaron de las escisiones, dislocaciones y múltiples confrontaciones que caracterizan la historia reciente de la Europa meridional. Se trata de un ejercicio macrosociológico e histórico, que realizaré con la ayuda de una periodización que parece adecuada para todas las sociedades en cuestión, es decir, para Portugal, España, Italia y Grecia. Con ello espero mostrar que sus en apariencia tortuosas historias respectivas poseen un grado de consistencia interna mucho mayor que el que suele atribuirseles. El hecho de que surjan ciertas pautas generales, comunes a países y a Estados, pone en cuestión la imagen de azarosa inestabilidad, volatilidad e imprevisibilidad tan corriente entre los observadores del mundo meridional europeo.

El reconocimiento de estas pautas históricas y estructurales no significa que todas las sociedades mediterráneas quepan en el mismo lecho de Procusto, sino solamente que poseen un número de rasgos comunes interesantes en lo que respecta a su evolución histórica, a sus modos predominantes de dominación política, a la forma y al ritmo de su desarrollo (o estancamiento) económico y al sistema de relaciones clasista en que se han movido. [2] Mediante una comparación y un contraste sistemáticos de sus rasgos comunes, así como de sus divergencias, nos encontraremos en mejor posición para averiguar no sólo por qué su desarrollo económico fue tardío, sino también por qué y cómo empezaron a romper el cerco del atraso o subdesarrollo, y en qué medida lo hicieron. Desdichadamente el tamaño de este ensayo -quizás ya largo de por sí- no me permitirá entrar en demasiados pormenores, pero espero poder referirme a suficientes hechos conocidos como para sustanciar mis argumentos.

Como ensayo heurístico elemental, dividiré el proceso histórico entero desde principios del siglo XIX en la Europa meridional hasta hoy en cuatro períodos distintos, separados por tres modos de transición. Los criterios explícitos para tal división en fases, atienden al régimen político y a la distribución social del poder, sin olvidar que ambos van directamente relacionados con el nivel de desarrollo económico (y grado y manera de dependencia exterior), así como con el modo de dominación clasista y de articulación de la desigualdad social en cada uno de los países observados. El notable grado de sincronía que puede constatarse cuando se coteja esta periodización con los datos será confirmado por el análisis ulterior. Las cuatro fases que propongo distinguir son las siguientes:

I. Gobierno oligárquico y exclusión popular extrema. La crisis súbita de los cuatro antiguos regímenes preindustriales de Portugal, España, Italia y Grecia, abre esta época. Esa crisis permitió una excepcional participación popular en las respectivas guerras de independencia contra Napoleón en España y Portugal y contra el Turco en Grecia. En estos países y en Italia -donde la dominación francesa fue más benigna- se produjeron momentos efímeros de acceso liberal radical al poder. Tales sucesos, sin embargo, fueron pronto seguidos por el acaparamiento oligárquico del gobierno y de la administración pública y la exclusión sistemática de las clases subordinadas de cualquier forma de participación institucionalizada y constitucional en la esfera política, en virtud de una franquicia a y constitucional en la esfera política, en virtud de una franquicia electoral muy restringida (cuando existía de modo consolidado), la intervención militar y la reimposición violenta del absolutismo. Es un período de desgarramiento: sufre guerras civiles abiertas o situaciones de banditismo e inseguridad crónica.

El caso de mayor duración de la situación oligárquica parece ser el de Grecia. En ella dominó la corte y la *tzakia* o clan de los notables desde 1820 hasta 1869. Esta dominación oligárquica fue posible a causa del menguado tamaño de las burguesías locales, la primera penetración capitalista extranjera -que se apoyaba también en préstamos y trato directo de los inversores foráneos con los políticos de cada país- la vastedad de la población rural y la ausencia de un estamento lo suficientemente voluminoso de gentes con la preparación técnica adecuada para las tareas del despegue industrial. A pesar de todo esto comenzaron a aparecer durante la fase oligárquica inicial ciertos procesos parlamentarios restringidos, así como los rudimentos de una oposición política más o menos legal, junto a un primer y crucial planteamiento público, en cada país, del problema del "atraso nacional" y de la necesidad de superarlo.

II. Consolidación burguesa y exclusión popular. Llegó un momento en que la fachada de instituciones parlamentarias empezó a ser usada por las crecientes burguesías comerciales, rurales e industriales, aliadas a las clases medias "respetables". Estas últimas empezaron a encuadrarse en partidos modernos. La exclusión política popular y su falta de representación (persecución de los sindicatos, caciquismo electoral, franquicia restringida) (persecución de los sindicatos, caciquismo electoral, franquicia restringida) permitieron la creación de regímenes burgueses turnantes, de rotación gubernamental entre conservadores y liberales. Entre ambos copaban la esfera de la actividad política "legítima". Por ello los esfuerzos de los venizelistas en Grecia, los giolittistas en Italia, los mauristas en España, y otros movimientos parecidos hacia la "regeneración" nacional llevada a cabo desde el orden establecido estaban condenadas, de antemano, al fracaso dada su negativa a incorporar el campesinado, el proletariado y otras fuerzas populares en la esfera de la legitimidad. A fines de este período de hegemonía burguesa plena comenzaron a aumentar las excepciones a este modo de exclusión clasista y partidista de las clases subordinadas. Así, algunos partidos socialistas consiguieron su aceptación como partícipes legítimos de la política, aunque ello fuera a cambio de su relativa desradicalización.

Ello no alteró la naturaleza eminentemente conservadora del período, que es también el de la industrialización relativa de toda la región. La transición a una fase siguiente ocurrió cuando el orden político de estos regímenes monárquicos, parlamentarios y enteramente burgueses demostró su incapacidad para conseguir dos cosas, (a) la incorporación (o por lo menos neutralización) de la creciente oposición radical, en muchos casos condenada a la esfera extraparlamentaria y, (b) la creación de un sólido Estado nacional imperialista, privadamente financiado. Este último aspecto de la cuestión queda ilustrado por la derrota italiana en Abisinia (1895), la humillación portuguesa de Angola y Mozambique (rebelión de 1896), el desastre colonial español (guerra hispano yanqui, 1898) y, más tarde, el holocausto griego en Asia Menor (1922).

III. Dictaduras fascistas y fascistoides. La transición a este período vino con los "desórdenes" creados por los asaltos de la pequeña burguesía radical excluida y perseguida, contra los viejos grupos hegemónicos, ahora confusos y desunidos a causa de sus propios fracasos políticos. Como respuesta al serio reto radical que en varios casos había conseguido establecer regímenes republicanos de inclinación revolucionaria, aparecieron coaliciones reaccionarias con una política de "ley y orden" y apoyo militar o de partidos fascistas marcialmente organizados. Una vez en el poder estas coaliciones se esforzaron por complementar los defectos endémicos de la acumulación privada de capital mediante la intervención estatal inversora en la economía (Italia y España) y el proteccionismo. Así, a despecho del arcaísmo cultural de algunas de las dictaduras tradicionalistas que surgieron (aunque el fascismo italiano no estaba falto de novedad) la modernización desde arriba continuó en todas partes, aunque ahora bajo nueva guisa. Las libertades civiles que habían existido precariamente durante la fase histórica precedente como parte esencial de aquel orden político dejaron de existir.

IV. Orden constitucional democrático liberal en el marco del corporatismo capitalista. El agotamiento de la fórmula dictatorial tuvo lugar de maneras diversas. No obstante, pueden distinguirse factores que son comunes a varios países. Así, el aventurismo militar precipitó el fin de las dictaduras tanto en Italia como, más tarde, en Grecia y, en cierta manera, también en Portugal. Por otro lado en España, Grecia y, en menor grado en Portugal, el desarrollo de las clases medias, la urbanización, el éxodo rural, la prosperidad económica y otras tendencias fueron creando una creciente discrepancia entre régimen político dictatorial y estructura social. Todo ello dio lugar a una serie de crisis que pusieron fin a la era de las dictaduras y abrieron paso a los presentes regímenes parlamentarios de la Europa sureña. Aunque la retórica radical de la izquierda se mantuvo viva en el período de incorporación a la democracia liberal, su legitimación en la esfera política "aceptable" se realizó a cambio de su abandono casi completo de toda pretensión revolucionaria a corto o medio plazo. La oposición radical de izquierda -y en algún caso el gobierno de ese signo, como en Portugal tras 1974 y Grecia tras 1981- aceptó así la permanencia de las distinciones clasistas y la exclusión económica de las clases subordinadas, con base en la desigualdad social heredada -ambas a erosionar mediante reformas políticas y fiscales- como compensación por su incorporación en la esfera política legítima. Así, la moderación general en cuanto a las reivindicaciones políticas tradicionales de los radicales y un compromiso con un mínimo de política social pública benefactora de las clases subordinadas (sanidad, educación, subsidios) formó la base de un nuevo consenso. Empero, dada la cultura política heredada, los niveles de disensión ideológica, de extremismo de todo género y de maximalismo, fueron más altos en todos estos países que los que hallamos en otras sociedades europeas durante la misma época, aunque menores que los que antaño prevalecían en la zona mediterránea.

La desradicalización subsiguiente del Sur parece ir unida a la plena participación de sus sociedades en las tendencias corporatistas de las economías y politeyas modernas. Así

en los cuatro países examinados se produce un proceso tripartito de acuerdo entre gobierno, patronal y sindicatos, al tiempo que se detectan también otras características del corporatismo contemporáneo. (En Portugal y España, además, ciertas corporaciones tradicionales, como el ejército, ejercieron fuerte presión sobre la vida política tras la transición a la democracia, aunque con signo diferente y en un marco jurídico distinto en cada lugar: en el primer país constitucionalmente, en el segundo al margen del estricto ámbito explícito de la constitución). Con las debidas salvedades se puede hablar, por lo tanto, de una medida de convergencia entre estas sociedades y el orden político y socioeconómico reinante en el resto del occidente europeo. Tal medida encuentra refuerzo, primero en Italia, y después en los otros tres países con su participación en la unificación europea.

II. Orígenes del capitalismo e industrialización en países europeos de desarrollo tardío

La historia política e intelectual de la Europa meridional en los tiempos modernos no se entiende sin la aguda "conciencia desdichada" de muchos de sus hombres -desde ciertos ministros ilustrados del antiguo régimen hasta los reformadores y educadores de la burguesía liberal- engendrada por el atraso crónico de sus países. Sus iniciativas prácticas para acabar con él van desde notables mejoras educativas, sanitarias y en materia de transportes hasta el más insensato aventurismo imperialista; desde la hábil y paciente introducción de la tolerancia y el liberalismo hasta el uso brutal de la dictadura para conseguir la acumulación violenta del capital, privado o estatal.

La preocupación meridional con el atraso endémico y la ávida búsqueda de maneras de superarlo no apareció de forma súbita, como ocurriera con el concepto afín de subdesarrollo, el cual había de estallar en el seno de los países excoloniales de repente, a mediados del siglo XX. [3] Es irónico que las teorías del subdesarrollo y de la dependencia económica nacidas del llamado Tercer Mundo estuvieran destinadas a ser extendidas a la región sudeuropea, que posee una antigua tradición en la explicación de su propio "subdesarrollo" (eufemismo para la castiza palabra atraso) muy a pesar de que la evolución de sus economías y vida política haya sido tan diferente de la suya. En todo caso, la conciencia dolorosa de su propio atraso llevó a muchos pensadores meridionales a una posición melancólica y pesimista acerca de las posibilidades de desarrollo de sus propios países, y hasta a unirse al desprecio que sentían hacia ellos, con característica arrogancia, ciertos ciudadanos de la Europa norteña que había logrado entrar de lleno en la era industrial. [4]

Habiendo protagonizado antaño, ellos mismos, el surgimiento y consolidación de ciertas estructuras sociales e innovaciones culturales que habían de transformar, andando el tiempo, la faz del mundo europeo, los pueblos mediterráneos sufrieron un inmenso revés en sus fortunas hacia el fin del Renacimiento. Si bien la prosperidad general de la fachada atlántica europea benefició de algún modo a Castilla y Portugal a través de sus puertos de Sevilla y Lisboa, las grandes repúblicas patricias -las ciudades imperiales de Barcelona, Génova y Venecia- sufrieron daños irreparables con la expansión otomana, por no hablar ya de todo el mundo grecobizantino, que cayó totalmente bajo el poder de la Puerta. Los efectos inmediatos fueron graves. Por ejemplo, Cataluña, el hinterland de Barcelona, había llegado a ser una de las sociedades más avanzadas o "modernas" de la Europa renacentista. [5] Excluida subsiguientemente de todo comercio con las colonias ultramarinas de la monarquía española, los catalanes se vieron obligados al confinamiento, lo cual exacerbaría sus revueltas contra la corona. El estancamiento comercial se combinó con la decadencia agrícola en la Europa del Sur precisamente en el momento en que comenzaron a introducirse innovaciones fundamentales en ambos terrenos en la parte Norte. [6]

La revolución industrial comenzó en aquellos países (Inglaterra primero, seguida de Bélgica) que habían experimentado antes ciertas innovaciones de gran alcance en sus agriculturas. Aunque la mayoría de los agricultores europeos en la era preindustrial eran campesinos pobres atados a sus parcelas o braceros de latifundio, la situación en los Países Bajos y Gran Bretaña había empezado ya a cambiar en el Siglo XVI. Hacia 1800, en ambos lugares encontramos ya los efectos de una profunda revolución agrícola, que había creado un sistema de explotación rural eficiente, capitalista y comercializado. A su vez ello redundó en el desarrollo, ya iniciado, del capitalismo no agrícola. En Inglaterra la existencia de yacimientos de carbón y hierro próximos entre sí acabó por precipitar la industrialización. En contraste con ello, los países mediterráneos eran inmensamente pobres en recursos materiales. La industrialización de Italia, por ejemplo, a través del siglo XIX, y en lo que se refiere a industrias no textiles, se hizo con carbón importado. A causa de la baja calidad de su carbón España, hasta la Primera Guerra Mundial, tuvo que abastecerse de carbón inglés en un 40% [7] Dada la escasez (y descrédito) de los conocimientos técnicos, la ausencia de ciertos recursos específicos y la debilidad de la presión por el consumo de bienes, puede decirse que la Europa meridional en aquellos tiempos era pobre en términos tanto relativos como absolutos. Ello, además, hacía imposible su despegue económico e industrial por vía de la dependencia temporal, es decir, mediante el uso de las inversiones extranjeras como acicate para el desarrollo propio y modo de aprendizaje para la población -ingenieros, técnicos, contables- ligada a ellas.

Como señalan algunos críticos de la teoría de la dependencia (según la cual los países dependientes no se desarrollan "por culpa" de los países inversores que no están interesados en ello) hay Naciones industriales importantes que han pasado primero por fases de clara dependencia. Francia misma obtuvo préstamos inmensos para la primera construcción de sus ferrocarriles y para su desarrollo en general. [8] Pero la preexistente estructura social francesa junto a sus recursos culturales (técnicos, científicos y administrativos) permitió a ese país pagar sus deudas exteriores y, en no poco tiempo, comenzar a exportar capital y participar en la intervención hegemónica sobre la periferia europea y en ultramar. Por lo tanto, es crucial percatarse del momento histórico, del grado de desarrollo tecnológico de la sociedad receptora y de su estructura social y cultura técnica para poder explicar por qué hay (o no) dependencia, y si ésta es (o no) paralizante del desarrollo ulterior del país sobre el que incide. El auge formidable del capitalismo industrial y financiero en la Europa del Noroeste, seguido de una concurrencia internacional muy intensa entre sus diversas burguesías en busca de nuevos mercados y zonas de influencia, tuvo serias consecuencias para el desarrollo incipiente de la sociedad industrial burguesa en la semiperiferia europea, y en especial en el Sur. Las semillas de una sociedad de ese género habían sido plantadas mucho antes, y ya habían empezado a germinar en Cataluña, Lombardía y el Piamonte, así como entre las dispersas y poderosas clases mercantiles de la nación griega, sobre todo entre sus mercaderes fanariotas. Había, además, otros focos burgueses adicionales, como los de Oporto y Cádiz. Sin embargo, la intervención masiva capitalista extranjera, a través de la interferencia política o la imposición sin miramientos de poderosos compradores, inversores y vendedores extranjeros vino a romper o por lo menos a tergiversar seriamente toda posibilidad de desarrollo autónomo y competitivo en la región.

En algunos casos, como ocurriera en Portugal y en Grecia, la promesa primeriza de un desarrollo autóctono fue cercenada por estas fuerzas. Así los esfuerzos griegos por crear una industria textil y naviera se hundieron antes ya de la guerra de independencia de 1821 contra el Turco. [9] Las reformas deciochescas de Pombal, a pesar de sus limitaciones intrínsecas, podrían haber conducido al país hacia un crecimiento no estrictamente agrícola y una modernización ligada al Estado si Portugal no se hubiera visto obligado a convertirse en un país cliente con un imperio también cliente bajo tutela

británica para poder sobrevivir con un cierto grado de autonomía, y sin desmembramiento de sus posesiones ultramarinas. En las sociedades mayores, España e Italia, tuvo lugar un proceso de desarrollo subordinado asaz especial, en el que no entraba la destrucción total del potencial autóctono de desarrollo capitalista industrial. Digo especial porque la competencia y el desacuerdo entre las grandes potencias (y las compañías privadas e instituciones financieras que en ellas operaban) permitió ciclos económicos relativamente independientes en ambos países, que habrían de conducir a la consolidación de sendas industrias nacionales. Además, sus burguesías nacionales, atrincheradas tras sus respectivos Estados -todo lo débiles e ineficientes que se quiera- consiguieron acopiar fuerzas al crear mercados en sus propios territorios. Esto les permitió a su vez penetrar los mercados internacionales cuando las condiciones eran favorables. La consolidación de esta vía de expansión tuvo lugar en Italia durante el crecimiento de 1878-1889, cuando ocurrió el gran salto de los textiles -seda, algodón, lana- a la maquinaria ferroviaria y a la ingeniería. Ello abrió el camino a una transformación más completa en el primer decenio del siglo XX, cuando se estableció la industria química, la de maquinaria ligera y pesada y las primeras centrales hidroeléctricas. La menguada participación del capital extranjero durante aquellos años, debida en gran parte a la depresión económica mundial, muy grave, de 1889-1896, no hace sino resaltar lo que se afirma. Algo parecido ocurrió en España, aunque a la zaga en el tiempo y con menor alcance. Vemos allí la misma diversificación y paso de los textiles a la química, a la siderurgia y a la hidroelectricidad. Aunque el proceso empezó antes de la Primera Guerra Mundial, las condiciones favorables creadas por ella para la exportación en economías no beligerantes como la española fueron las que dieron a la industria el empuje necesario. [10]

El auge tardío del capitalismo industrial en la Europa meridional antes y durante la Gran Guerra no es más que el rasgo más visible de una corriente más profunda, con un pasado largo y azaroso, el de la transformación cualitativa de todas esas economías en esferas de actividad comercial de mercado, con trabajo asalariado, proletarización y acumulación de capital. (En muchos casos, naturalmente, acumulación "primitiva" de capital. [11] La derrota inicial de la revolución industrial en algunos lugares (Portugal, Grecia) y su éxito circunscrito en otros (Italia, España) significó que el capitalismo tuvo que quedar confinado por mucho tiempo a la esfera comercial y de bienes raíces. Digamos, simplificando la cuestión, que las sociedades sureñas habían dejado de ser predominantemente precapitalistas desde hacía tiempo, pero que su capitalismo era tosco, y en algunos casos letárgico. La transición al industrialismo pleno era bloqueada una y otra vez por las fuerzas a las que he hecho ya alusión y otras a las que me referiré con mayor detalle. Lo que ocurrió, pues, no fue que esos países vinieran a unirse tardíamente a la transformación industrial del capitalismo sino que sus burguesías fracasaron en sus esfuerzos por no irle a la zaga, así como por sacar a la sociedad industrial de su confinamiento en enclaves reducidos o regiones muy delimitadas, como el triángulo de Lombardía, Piemonte y Liguria en Italia, y Cataluña y el País Vasco en España. [12]

III El estado periférico y la vía hacia el despotismo reaccionario

Cuando la Europa meridional entró en la era posnapoleónica su mapa político era muy vario. Pero pueden constatarse rasgos comunes en él. A pesar de varias reformas iniciadas (salvo en Grecia) bajo el Antiguo Régimen, los esfuerzos subsiguientes por continuarlas hallaron fuerte resistencia y notables contraataques, inspirados sobre todo por el aún considerable componente precapitalista y arcaizante que las agobiaba. Las fuerzas reformadoras y liberales consiguieron introducir innovaciones modernizadoras sólo de manera precaria y en momentos breves de poder. En general la reducida burguesía liberal pudo continuar el fomento del capitalismo sólo pagando el precio de una alianza continua con los elementos más retrógrados de la sociedad. Ello significó que

pronto abandonó o tergiversó aquellos aspectos de la doctrina liberal que constituyen su civilización política peculiar y son esencia de su vida cívica. A cambio de esta concesión, las clases feudalizantes provenientes del Antiguo Régimen depusieron, en gran parte, su hostilidad al capitalismo más avanzado de la época, sin abrazarlo del todo ellas mismas. Así, su propia concepción de la maximización de los beneficios continuará siendo asaz pintoresca. La mentalidad señorial de los grandes terratenientes sicilianos o andaluces es un ejemplo clásico de este poderoso residuo socioestructural y económico, y muy paradójico por cierto, ya que los antiguos ligámenes de dependencia feudal habían sido más débiles en el Sur que en el Norte de Europa. Aparte de esto, la desfeudalización siguió las líneas de menor resistencia, como puede verse con la venta forzosa de bienes raíces eclesiásticos durante el siglo XIX.

Con variantes, el proceso se asemeja por doquier. Así pueden llegar a producirse tomas liberales del poder que cumplen con varios de los requisitos de una auténtica revolución burguesa, pero estos son efímeros y van seguidos de una componenda con las fuerzas más conservadoras cuando no de un retroceso considerable. Así el pronunciamiento de Goudi en 1909, en Grecia, que desencadenó la más genuina revolución burguesa conocida por la historia de aquel país, vino precedido y acompañado por una considerable proliferación de asociaciones civiles (mercantiles, industriales, sindicales) que en principio podrían haber consolidado la autonomía de la sociedad civil, sobre todo gracias a las reformas del Partido Liberal en 1914 y el venizelismo en general. Pero ya hacia 1920 la legislación antilaboral y en 1929 la Ley Especial o *Idinym* crearon condiciones muy adversas a una articulación autónoma de los intereses obreros o de otras clases y grupos sociales. [13]

Algo parecido puede detectarse en la Península Ibérica. Desde 1908 a 1914 (y aún después) sus burguesías genuinamente liberales son demasiado reducidas y débiles para aspirar a cualquier supremacía política efectiva. Su opción permanente en Portugal fue el compromiso con una casta dominante inmovilista y patriarcal, que halló su único momento excepcional con la revolución antimonárquica de 1910, cuyo radicalismo republicano, retrospectivamente, parece haber anunciado lo que iba a ocurrir en Italia en 1919-20, en Grecia en 1922-24 y en España en 1930-31. [14] Ese compromiso, inevitable en un país tan agrario y poco industrial, se agravó con su aceptación forzosa del "libre cambio" impuesto por aliado británico, lo cual descartaba toda posibilidad de desarrollar una industria nacional. [15] La sociedad española, más compleja y de mayor tamaño, ofrecía mejores posibilidades. No obstante, tanto la burguesía catalana como, más tarde, la vascongada, se hallaban ancladas en unos terrenos étnica y económicamente muy distintos de los del resto del país. Su capacidad para influir y controlar el pesado, remoto y arcaizante aparato de Estado (según era visto por muchos de sus representantes) basado en Madrid era precaria y problemática. Consecuencia de ello fue que ciertos sectores significativos de la burguesía catalana pronto descubrieron los atractivos del regionalismo, lo cual les llevaría a exigir diversos grados de autonomía política. Ambas burguesías étnicas abrazarían el proteccionismo, pues éste les permitía gozar sin molestias de la explotación del mercado hispano, que a la sazón incluía algunas posesiones ultramarinas importantes. La protección arancelaria, sin embargo, reforzó la estructura familística del capitalismo catalán y, al eliminar la competencia foránea, hizo menos necesaria la innovación y la renovación industrial. [16] Ello aumentó aún más el atraso ya existente en España con respecto de las zonas extranjeras más avanzadas.

En contraste con Grecia y la Península Ibérica, el caso italiano es, claramente, mucho más afín al patrón europeo. Ello ya se percibe en el momento de la Unificación en 1861. Mientras que los catalanes poseían una sociedad relativamente avanzada que se hallaba, sin embargo, subordinada a una unidad política preindustrial más amplia y poderosa, los piemonteses, lombardos y ligures formaban un núcleo a partir del cual se iba erigiendo

una moderna estructura estatal. Nada ilustra mejor este contraste que los significados opuestos recibidos originalmente por las palabras "piemontesismo" y "catalanismo". La primera, en Italia, significaba la ocupación, por parte de los políticos y funcionarios piemonteses, (o del norte, en general) de los cargos del Estado recién fundado, sobre todo en el momento en que la capital se estableció en Florencia. La segunda, en España, indica la tendencia de los catalanes a separarse o hasta a independizarse del resto del país. e del resto del país.

Las élites italianas norteñas eran también, al principio, las élites del nuevo Estado. Empero, la rápida inclusión de regiones atrasadas y de abundante peso demográfico pronto significó la pérdida de su control sobre la administración pública: el nuevo Estado apareció como un vasto campo de oportunidades de empleo funcional para las clases medias urbanas de los Estados papales y del reino de las Dos Sicilias. El favoritismo y el clientelismo característicos de aquellos lugares vinieron a incrementar el personal administrativo. Mas la inflación burocrática no quedó confinada a Italia: en Grecia alcanzó aún mayores proporciones, tan pronto como la nación pudo hacerse con un Estado propio. [17]

Viniera de donde viniera, la iniciativa por reformar el Estado, saneándolo, tenía siempre el mismo resultado: un sector industrial menguado (o casi inexistente) combinado con las necesidades de un Estado pretendidamente moderno (es decir nacionalista e imperialista) y con una semidemocracia restringida a la oligarquía y a la clase dominante, condujo a la sobrecarga de la administración pública con personal parasitario. Como quiera que, con frecuencia, éste dependía clientelaramente de las fortunas del bando político en el que se había apuntado, muchos funcionarios pasaban periódicamente a la peculiar situación de cesantes cuando "los suyos" no estaban. Con ello la imparcialidad y neutralidad de los funcionarios quedaban explícitamente negadas, con las consecuencias que la permanencia del fenómeno había de tener para la cultura cívica del Mediterráneo. Quizás el mejor análisis de las implicaciones morales de la curiosa institución de la cesantía por motivos políticos -sin culpa ni delito por parte del cesante- se halle en la novela *prekafkiana* *Miau*, de Galdós. Andando el tiempo, y bajo circunstancias de exacerbación ideológica, la institución entraría en crisis a través del juramento de lealtad ("adhesión al régimen" en España) y la persecución política de los funcionarios del bando vencido.

Tras la caída de las dictaduras que habían fomentado esta situación no se pidieron responsabilidades políticas en ningún país. (Salvo en el caso de unos pocos miembros de la policía política portuguesa, de algunos golpistas helenos y fascistas italianos, y ello sólo en el momento de euforia creada por la instauración democrática). La situación posdictatorial sin represalias creó, tras 1945 en Italia, 1974 en Grecia y Portugal y 1975 en España, nuevas colectividades de cesantes o funcionarios parados (a veces con sueldo, como los otrora empleados en los Sindicatos Verticales franquistas) o bien un funcionariado poco afín al espíritu de la administración democrática, que fue extinguiéndose sólo con el transcurso del tiempo.

El Estado moderno, en sus fases primeras, se abstuvo de entrar en el proceso productivo directamente. Sólo lo hacía de modo subsidiario en algunos terrenos faltos de inversión privada pero necesarios a los intereses de la burguesía. En aquellos tiempos, los Estados meridionales no estaban en condiciones de actuar como empresarios capitalistas aunque existieran tradiciones locales de inversión productiva estatal: Venecia misma había sido el primer Estado empresario en Europa y el más duradero. Sin embargo, cuando por fin los Estados sureños decidieron invertir, en pleno siglo XX, lo hicieron por todo lo alto. Pero hasta que ello ocurriera, bajo los auspicios de una ideología autárquica y fascizante, los gobiernos se limitaron al proteccionismo arancelario, complementado por la inversión errática en obras públicas y el suministro de protección

militar y policíaca al orden establecido. Mas ni siquiera el proteccionismo se hizo bien. Echó raíces penosa y azarosamente. Así, la introducción de la tarifa protectora en Italia data de 1887, fecha tardía y reveladora. La endémica debilidad financiera de sus erarios forzaba a los gobiernos a aceptar la inversión extranjera como única solución. Aunque reconozcamos que esto produciría algunos efectos benéficos sobre el nivel de vida de las gentes directamente afectadas, no se concibe cómo ello hubiera podido generar una economía del todo independiente y avanzada. (A la sazón EE. UU. era también una economía dependiente del capital extranjero, pero, simultáneamente, la formación del capital nacional era aquí intensa, al tiempo que el país no tenía que combatir fuerzas precapitalistas ni de capitalismo "primitivo", por lo menos desde que acabó la Guerra de Secesión). A pesar de todo, produjéronse varios grados de éxito en la "nacionalización" de la inversión capitalista: Italia fue el país más eficaz en el desarrollo de una sólida clase capitalista; España le fue a la zaga; Grecia poseía tan sólo una clase mercantil ausente, una diáspora próspera, nada deseosa de domiciliar su riqueza en su patria; Portugal carecía de todo ello. Todo esto dio lugar a una serie de cuestiones históricas sobre el desarrollo económico, la dependencia y la explotación internacional que no han sido aún resueltos. [18]

El largo camino que condujo a estos países hacia la autarquía fascistizante estaba empedrado con las frustraciones de una dependencia crónica de las potencias extranjeras. Las clases hegemónicas en los países del Sur sufrían de su propia ideología en favor del librecambio internacional desigual que intentaban compatibilizar con algunas dosis de proteccionismo. Los intereses librecambistas de sus exportadores cerealistas (en el caso griego, de uvas pasas) y los de sus políticos (tan frecuentemente sobornables por los extranjeros) minaban la unidad de acción. Tampoco ayudaban las súbitas apariciones de competidores internacionales a los productos agrícolas. La inversión extranjera se produjo sin consideración alguna hacia las necesidades de la población y con harta frecuencia los beneficios se repatriaban sin reinversión sustancial en los países que la habían acogido. Durante largo tiempo y muy a menudo fueron explotadas grandes riquezas minerales por las compañías extranjeras con impuestos estatales ridículos. Todo ello muestra que los gobiernos meridionales no estaban equipados ni ideológica ni técnicamente para enfrentarse con el problema de la dependencia y del desarrollo dependiente.

Para agravar las cosas, durante los estadios más cruciales de aquella era económica, los países del Sur estaban absortos en una lucha feroz contra sus periferias interiores atrasadas (contra el banditismo en Grecia [19] y el brigantaggio en Italia, o contra las partidas armadas carlistas en España), lo cual paralizaba sus recursos. A menudo se conseguían empréstitos del exterior, pero no para modernizar, sino para acabar con estas incómodas rebeliones. En contraste con Prusia, lanzada a la transformación final de Alemania en una gran potencia industrial y libre - por lo menos desde 1848-, los gobernantes de la Europa del Sur no podían ver más allá de sus preocupaciones inmediatas y angustiosas. Y si lo hacían -como de hecho ocurriera con sus expediciones bélicas imperialistas, en torpe imitación de las poderosas naciones norteamericanas- lo pagaban casi siempre de forma espectacular y grotesca.

Hasta que la Gran Guerra viniera a cambiar sustancialmente el marco político de referencia de tantos países, el universo en que se movían las clases dominantes del Sur no era totalitario. Su ideal para el engrandecimiento nacional, la industrialización y el progreso era el de las grandes democracias parlamentarias, sobre todo la Gran Bretaña. Claro está que se iban forjando vías alternativas hacia la modernidad, como demostrara la Alemania bismarquiiana y el Japón Meiji, pero la solución del problema mediante la "modernización desde arriba" no era aún visto como modelo a seguir en la zona

mediterránea, por mucho que se copiaran algunas instituciones militares y financieras germanas.

Las implicaciones de la naturaleza incipientemente liberal del orden político y de la estructura social en el Sur fueron peculiares. En los primeros momentos, cuando los estratos preindustriales provenientes del Antiguo Régimen eran aún muy poderosos, éstos intentaron gobernar mediante un sistema atávico de privilegio semifeudal. El conjunto de familias oligárquicas que rodeaban al trono griego (la *tzakia*) poseían y administraban literalmente el Estado heleno. Son el ejemplo más extremo. [20] La *tzakia* hasta consiguió sobrevivir a las grandes reformas electorales de 1864 mediante el control de los votos, fenómeno paralelo al del caciquismo político que se desarrollaba en España. Aunque sería excesivamente simplista ver a cualquier país mediterráneo como dominado por unas pocas familias; por lo menos en un caso, el de Portugal, los linajes oligárquicos y las camarillas a ellos ligadas tuvieron un peso enorme hasta tiempos muy recientes. Algunos estudiosos afirman que la oligarquía nepotista lusitana vivió simbióticamente con el salazarismo y que su poder aumentó a lo largo de aquella dictadura. Otros difieren, sin embargo, y aducen que en el siglo XX hasta en Portugal la situación se hizo demasiado compleja para permitir formas de dominación tan primitivas. [21]

La fórmula política más duradera y característica de las sociedades meridionales en los decenios anteriores al fascismo consistía en un acomodo de la pauta noroccidental europea (el gobierno burgués liberal) con su propia situación de atraso. Esa fórmula encontró su más clara expresión en la Italia *pregiolittista* (1878-1903) y *giolittista* (1903-14), así como en la España de la Restauración (1876-1923), pero podría describir casi de igual manera la Grecia de Venizelos (tras 1910) y amplios períodos de republicanismo portugués, entre 1822 y 1926. Es esencial, empero, no entender estos regímenes, según se ha hecho tantas veces, como meras aberraciones de cierto ideal liberal europeo, pues éste existió sólo en el reino de la teoría política: fueron ante todo las formas concretas que tomó la dominación liberal y conservadora bajo las condiciones culturales, económicas y socioestructurales del Sur. Los elementos específicos de la fórmula política hegemónica burguesa en aquella región podrían esbozarse así:

(a) El parlamentarismo excluyente, basado en un pluralismo político restringido a ciertas clases superiores, aunque en expansión. A la esfera política tenían acceso las clases altas y medias nada más, con exclusión de los elementos disidentes de las últimas. El reclutamiento de individuos procedentes de otras clases tenía lugar mediante su previa incorporación a una de las tres corporaciones reconocidas: iglesia, milicia y funcionariado. La estabilidad de este orden político ultraconservador dependía en parte de la extensión real o prometida de la franquicia electoral. Como en otros países se erigieron obstáculos a su extensión según criterios de educación y propiedad, pero su demolición fue demasiado lenta y caprichosa para que pudiera tener lugar una asimilación política eficiente de las clases excluidas. Consecuencia de ello fue la radicalización de los intelectuales de clase media baja y de otros grupos estratégicamente significativos e igualmente marginados de la esfera política. La política de coto cerrado fomentó la desafección al orden burgués parlamentario y a sus alternativas golpistas y militares, sobre todo entre el creciente proletariado y el vasto campesinado, ambos más sujetos que nunca a las nuevas fuerzas del mercado. La crisis final sobrevino cuando las clases dominantes, atrapadas en su propia ideología ultraconservadora, se mostraron incapaces de hacer ya más concesiones, si bien es verdad que algunos gobernantes (Giolitti, por ejemplo) fueron maestros en el arte de la apertura y la concesión en el momento oportuno.

(b) El liberalismo escindido. La sanción suprema del orden político de la época no era la autocracia. (Los dictadores militares, tras sus pronunciamientos, se veían a sí mismos como salvadores de emergencia de una situación esencialmente burguesa y monárquica).

La norma ideal era el credo liberal en su versión conservadora, aunque en algunos casos llegara a combinarse con doctrinas más radicales y hasta anticlericales. De hecho el radicalismo liberal llegó a funcionar como oposición aceptada. El desdoblamiento de la ideología liberal capitalista en dos ideologías -la conservadora y la radical- no conllevó un resquebrajamiento drástico de la vida política, salvo en los momentos iniciales, preindustriales, cuando la lucha se desarrolló entre absolutistas y liberales. (En o drástico de la vida política, salvo en los momentos iniciales, preindustriales, cuando la lucha se desarrolló entre absolutistas y liberales. (En , cuando la lucha se desarrolló entre absolutistas y liberales. (En Italia, merced a los objetivos de la unificación, ambas facciones pudieron aliarse más, en busca de fines compartidos). Con el tiempo la distinción se hizo menos intensa. Sus raíces se encuentran al principio mismo del período, por ejemplo en la yuxtaposición de la Joven Italia de Mazzini (secular, republicana, democrática) y el constitucionalismo de Cavour (monárquico y proeclesiástico). El dichasmos, o cisma griego entre monárquicos y venizelistas (tras 1916) es otro ejemplo. La virulencia de la lucha entre las dos ramas del espectro político legítimo no debe cegarnos al hecho de su complementariedad y dominio en común de la esfera política. El problema, que había de conducir a la falla del sistema, era la incapacidad de ambas alas (y sobre todo de la radical) para abarcar o cooptar aquellos amplísimos sectores de la sociedad civil que caían fuera del credo liberal. En contraste con los socialdemócratas de la Europa central y del Norte, los anarquistas, los socialistas y otros movimientos similares en el Sur nunca consiguieron que se les ofreciera una oportunidad de integración, salvo quizás brevemente en Italia en 1910 y 1911. En aquel país, no obstante, la guerra de Libia acabó con ella. Una vez más se hacían sentir los efectos del colonialismo sobre los asuntos internos de países apenas capaces de practicarlos cabalmente. La oposición genuina radical fue, pues, sistemáticamente excluida. Ello conduciría al enfrentamiento final y a la destrucción de toda posibilidad de plena modernización por la vía democrática.

(c) El "dualismo" social. Bajo tales condiciones la reforma y la modernización ocurrieron de modo dispar y lento, sin aporte apreciable por parte de las clases dominantes, salvo de modo indirecto. La falta de apertura política, los sueldos de miseria, la agravación de la pobreza, la represión como respuesta a la discrepancia, hicieron que el maximalismo socialista o el milenarismo anarquista se hicieran plausibles y atractivos para muchos. De ese modo las transformaciones estructurales que son requisito de toda modernidad -como la reforma agraria- quedaron en suspenso, [22] con la excepción de zonas en las que factores externos forzaron al gobierno a ponerla en práctica, como en Grecia. (Ya en 1917 Venizelos había conseguido dividir los grandes latifundios de Tesalia, los chiftliks, pero más tarde, el desastre de 1922 creó una enorme presión sobre la tierra con el influjo de campesinos refugiados de Asia Menor). Mientras tanto, sin embargo, el sector industrial había seguido creciendo, con lo cual hicieron su aparición un proletariado considerable y unas clases medias expansivas y celosas de sus derechos. En este sentido, ya que no en el macroeconómico, puede decirse que los países sureños poseían un notable grado de dualismo societario. [23] Poseían, por un lado, una cultura política dispuesta a la ciudadanía y, por otro, otra inmersa en un mundo de amos y criados, o señores y campesinos, para simplificar, que ignoraba la existencia de la sociedad civil moderna como forma de convivencia.

TEXTO

(d) El utopismo imperialista. Dentro de este incómodo marco florecían, inevitablemente, sueños imposibles de grandeza nacional y versiones cataclísmicas (catastrofistas las unas, milenaristas las otras) del futuro colectivo. Las élites gobernantes usaban el lenguaje y símbolos del expansionismo beligerante, a menudo con el fin de distraer al

público de sus fracasos domésticos. En ello no faltaban tampoco aspiraciones imperialistas realistas, como ocurría con los intereses mineros españoles en las guerras del Rif, la participación portuguesa en la explotación económica de sus vastos territorios ultramarinos y el deseo de los industriales italianos de poseer mercados más amplios para una economía nacional que, a fines del siglo XIX, ya había alcanzado proporciones respetables. A pesar de ello sólo el orgullo zaherido -y no el cálculo político- puede explicar que los españoles enviaran su débil y anticuada flota contra los agresores yanquis en el Caribe y las Filipinas en 1898, o el desastroso ataque de los griegos al Imperio Otomano dos años antes, en 1897. Ello no impidió una nueva aventura griega en Anatolia (póstumamente bautizada como "locura" por sus críticos helenos) que se puede considerar caritativamente como menos insensata, ya que parecía razonable suponer la extrema debilidad de los turcos tras su derrota en la Gran Guerra. Y tal vez podría aducirse el éxito difícil pero real de la expansión italiana en Africa contra la afirmación de que el imperialismo meridional era utópico. (Empero, la derrota del ejército italiano en Etiopía -Adowa, 1896- la primera vez en que tropas africanas conseguían triunfar en serio sobre una potencia europea, debería haber prevenido contra esas ilusiones). No obstante, solamente la percepción de la realidad nacional con la óptica tergiversadora de un etnocentrismo ideológico europeo triunfalista por parte de países que no podían permitirse tal lujo, explica la conducta aventurera de aquellos gobiernos, incapaces de mejorar primero sus mercados interiores, aumentar el nivel educativo de sus pueblos y de promover una acumulación intensa del capital en sus propias economías. Fue así como sus gobiernos se embarcaron, en desastrosa emulación de las Grandes Potencias, en una serie de expediciones bélicas, cuya única ventaja era la de aplacar momentáneamente el descontento popular mediante la efímera fiebre de la exaltación patriótica.

Las contradicciones internas de cada uno de estos componentes -parlamentarismo excluyente, liberalismo escindido, reformismo frustrado, imperialismo utópico- condujeron irremisiblemente a cada una de esas sociedades a una forma muy específica de despotismo moderno: la dictadura fascista o fascizante. Ello ocurrió cuando las mudanzas sociales generadas bajo la égida del recién descrito orden político se hicieron incompatibles con él. Era menester encontrar una nueva solución que, por una parte, permitiera la permanencia del sistema de desigualdad, el engrandecimiento nacionalista y la industrialización capitalista y, por otra, que destruyera los movimientos revolucionarios que, desde la izquierda, ponían en entredicho el orden establecido. El triunfo de esa solución, que no era otra que la dictatorial fascista (en todas sus variedades) significó el fin del viejo orden liberal burgués, así como una redefinición de las funciones económicas y políticas del Estado. Significó asimismo la muerte de la vía revolucionaria hacia la modernización en la Europa del Sur.

IV. Fascismo y dominación de clase

La naturaleza del fascismo no es fácil de determinar. Tampoco lo es saber la medida en que España, Italia y los demás países europeos llegaron a ser fascistas. [24] El fascismo posee un conjunto de rasgos que sólo se encuentran con varia intensidad en cada caso concreto. El fascismo "puro" supone un culto político a un solo jefe; un modo de dominación clasista íntimamente ligado al control monopartidista de la sociedad; un nacionalismo extremista; la neutralización o liquidación de la oposición política; la política económica autárquica combinada con la empresa estatal; el mito de la superioridad nacional étnica o cultural; el anticomunismo extremo y la reducción de toda oposición al comunismo; el imperialismo; extremo y la reducción de toda oposición al comunismo; el imperialismo; la paranoia política. En la vida real, sin embargo, todo esto se combina con otras características y con fuerzas sociales menos explícitas, pero no menos poderosas.

No solamente el grado de "fascistización", sino la naturaleza de la experiencia fascista fueron diferentes en cada país. El modelo fascista se realizó en su forma menos adulterada en Italia, de 1922 a 1943. Por ello algunos observadores pueden concluir que sólo Italia fue fascista y sólo ella tuvo un jefe supremo popular y carismático, que encarna esa ideología. Pero esto ignora el hecho desagradable de que tanto Salazar como Franco fueron, en amplias esferas, igualmente populares. Hasta podría sostenerse que ambos fueron más "legítimos" que su colega italiano, pues se hallaban más identificados con ciertas actitudes y mentalidades de sus países respectivos que Mussolini: éste último se debía a su partido, a su movimiento político y debía sostenerse en mayor medida por la demagogia y la ideología militante. Además otros podrán objetar que sólo dos países de los cuatro examinados practicaron la autarquía económica fascista. No obstante, a pesar de éstos y otros distingos es notable la medida en que se asemejan unas a otras las dictaduras fascistas (o fascistizantes) mediterráneas. Aparte de la mussoliniana, fueron éstas la salazarista en Portugal (1926-1974) y la franquista en España (1936-1976). El régimen griego de Metaxas (1936-1940) compartía muchos rasgos importantes con los otros, aparte de que las creencias abiertamente fascistas del dictador dejaban poca duda sobre sus intenciones. Además, otros regímenes de la zona, precediendo o sucediendo al período central de los regímenes fascistas, fueron menos fascistas, pero deben ser analizados como esfuerzos profascistas o de retorno al fascismo. Ese es el caso de la dictadura de Primo de Rivera en España (1923-1931) y la de los Coroneles en Grecia (1967-1974). Trátase pues de un largo y complejo período histórico, y no de un conjunto deslabazado de gobiernos pretorianos derechistas. La solución fascistizante en el Mediterráneo europeo fue ante todo un ciclo contrarrevolucionario identificable, no exento de discontinuidades en los casos español y griego y de larga duración, con características generales económicas, políticas y clasistas propias. [25]

Todas estas sociedades sufrieron la solución fascistizante en condiciones históricas relativamente similares. Básicamente las dictaduras fascistas y semifascistas surgieron cuando las fórmulas políticas tradicionales (dominación burguesa a través del parlamentarismo excluyente y la dictadura militar ocasional) empezaron a resquebrajarse. Ello ocurrió tras la Primera Guerra Mundial, sin que faltaran "avisos" anteriores de lo que se avecinaba. (Semana Trágica de Barcelona, 1909; insurrección lisboeta, 1910, y proclamación de la República portuguesa). En el momento de las crisis respectivas el orden político tradicional no sabía ya cómo habérselas con las nuevas reivindicaciones y la militancia política organizada de los movimientos revolucionarios ligados a las clases subordinadas. El gran temor internacional creado por el Bolchevismo aumentó la polarización y forjó la resolución de los conservadores de optar por la solución extremista más o menos totalitaria. Surgió así un nuevo orden reaccionario, cuyas fuerzas habían triunfado una vez más por el golpe de Estado, la guerra civil o el enfrentamiento violento. El orden fascista o fascistizante de la Europa meridional adquirió la características siguientes: [26]

(a) Dominación clasista fascistizante. En la Europa meridional el despotismo reaccionario que puede llamarse "fascista" o que adoptó cierta forma de "corporatismo estatal fascista", consistió en un modo de dominación clasista impuesto por una coalición política de derechas. Estos regímenes invariablemente pretendían representar los intereses de todos, y de ahí su uso frecuente del populismo nacionalista para el control de los medios colectivos de producción emocional. Empero, desde el principio se dedicaron a preservar y fomentar los intereses de la coalición reaccionaria a la que servían. Facilitaban así la acumulación capitalista según los deseos de las clases dominantes tradicionales, aunque este aspecto de la situación pronto halló dificultades al enfrentarse con otros imperativos. Todos los regímenes en cuestión neutralizaron a las clases obreras y a otros colectivos peligrosos (intelectuales disidentes, estudiantes, demócratas) y aseguraron la paz interior. Con la notable excepción de Italia la coalición reaccionaria -formada por terratenientes,

empresarios, financieros, militares- controló el gobierno por medio del ejército, cuya alta oficialidad fue ampliamente recompensada, si bien el modo concreto de articulación del ejército al resto de la politeya variara de país en país. Así, en España y Grecia la jefatura del Estado quedó en manos militares, aunque no así en Portugal, salvo en el cargo de presidencia formal de la república. En Italia, la intensa militarización del partido fascista representa un caso claro de sustitución funcional: el aparato militarista y militarizado fascista suplió con creces el peso menor del ejército sobre la sociedad italiana.

El caso griego es complejo y merece mención especial: allí las fuerzas derechistas siguieron un camino largo y tortuoso hacia la formación de una coalición firme. Así, la dictadura de Metaxas en 1936 suprimió temporalmente el dichasmos entre los Venizelistas radicales de clase media y los monárquicos, pero estos dos bandos no se reconciliaron entre sí hasta que tuvieron que enfrentarse con un enemigo común durante la Guerra Civil posterior. Lo cierto es que la reconciliación completa tuvo que esperar a los años 70, bajo otra nueva dictadura, así como bajo la presión incesante de la mudanza social y el paso del tiempo. A la sazón, no obstante, la dictadura de los Coroneles enfocaba las cosas de modo distinto: su gobierno hizo esfuerzos extremos por cortejar a la burguesía y a los sectores de "poco fiar" de las fuerzas armadas -la Marina y la Aviación-, si bien fracasó del todo en forjar una coalición reaccionaria sólida con todas las clases dominantes tradicionales. Esta seria debilidad estructural permitió que los notables de los partidos de derechas pudieran convertirse a la democracia y acceder al poder en 1974, a pesar de sus dudosas credenciales democráticas. Con ello, y por primera vez, abandonaron la ambivalencia política típica del gobierno pseudodemocrático helénico tradicional: gobernar bajo una constitución liberal con ayuda de leyes represivas, antiliberales e inconstitucionales, las cuales formaban, por sí mismas, un orden "paraconstitucional" enemigo de la libertad. [27]

(b) Ciudadanía restringida y pluralismo político limitado. En la medida en que toda coalición de clases y estratos se hallaba representada en la cúspide del poder político, era de esperarse que el espectro ideológico reconocido por cada régimen incluyera elementos de cada clase o sector de intereses colectivos a él incorporados. Por la misma razón la amalgama ideológica oficial excluía las ideologías y aspiraciones de los partidos y movimientos declarados fuera de la ley, si bien era posible que se hicieran concesiones retóricas y simbólicas al "bien común" y hasta a la misma democracia. Lo significativo es que la noción de ciudadanía dejó de existir o llevó una vida restringida y precaria. En el caso del fascismo la exclusión de la población políticamente no incorporada al partido o no perteneciente a los grupos dotados de respetabilidad oficial se realizó mediante un ataque propagandístico virulento y sostenido contra el comunismo y sus aliados reales o imaginarios. El comunismo fue satanizado como el gran culpable, a cuyo avance había puesto coto supuestamente la dictadura, y en la Europa del Sur (como en tantos otros lugares) fue definido como fuente de todos los males hasta en sitios donde era inexistente como amenaza interna real (por ejemplo la *Idinym* en Grecia o Ley Especial anticomunista de 1929) o cuando era una fuerza más entre otras liberales, socialistas, o sencillamente democráticas (como en Portugal antes de 1933). La Ley para la Represión del Comunismo y la Masonería en España, parecía romper con esta monotonía obsesiva, pero de hecho el régimen asimiló a liberales y francmasones (entre otros) a la categoría de gentes manipuladas por el bolchevismo.

Estas dictaduras meridionales tuvieron a su disposición un sustrato ideológico sincrético, que iba del fascismo al monarquismo ultramontano y legitimista, pasando por actitudes conservadoras menos extremistas, del cual dictador y gobierno echaban mano pragmáticamente en cada coyuntura. Fue así como una de las tareas principales del jefe de Estado era la de establecer equilibrios ideológicos sucesivos dentro de dicha amalgama y hacer énfasis en sus diversos aspectos según el lugar y el público. Uno de

los objetivos de la operación era el de reconciliar la naturaleza esencialmente reaccionaria y (salvo en Italia) tradicionalista del régimen con expresiones de apoyo a las clases subordinadas, seguidas de una cierta política de protección a algunos de sus intereses.

Es evidente que a todo esto corresponde un grado importante, aunque muy limitado, de pluralismo, confinado a las clases dominantes y a las facciones y movimientos que componían la coalición reaccionaria. (Aunque en algunos casos, como en el de la Unificación de Falange y Carlistas en plena Guerra Civil española, se intentara en vano ocultar toda sospecha de pluralismo).

(c) Coacción y control mediante clases de servicio. Las coaliciones reaccionarias victoriosas heredaron las administraciones públicas anteriores, pero en cada caso se estableció un número señalado de instituciones para la represión política, el control económico, la educación, la neutralización de los obreros y campesinos y la educación pública. Quedaba claro que una dictadura militar y burguesa tradicional ya no podía habérselas con la situación, tal como se planteaba en Europa tras la posguerra de 1918.

La naturaleza no totalitaria (aunque a menudo cuasi o semitotalitaria) de estos regímenes se plasmaba en la licencia de existir concedida a instituciones y asociaciones de la sociedad civil consideradas como aceptables por el gobierno. Las gentes y organizaciones no estigmatizadas por su actividad política anterior -la mayoría de la población- gozaban de la no interferencia del poder en sus asuntos privados. Una vez conseguido el poder, lo característico de estos regímenes fascizantes fue su escasa movilización política de la población y su fomento del apoliticismo popular, acompañado de un apoyo a instituciones tradicionales, como la Iglesia, consideradas como baluartes o sostenes del orden legítimo. En Italia, el teatro político fascista exigió mayores movilizaciones populares controladas, para generar euforia belicista, pero aun allí la obediencia política recibió sanción oficial.

A pesar de la ausencia de totalitarismo estricto la expansión de los poderes gubernamentales y estatales fue muy considerable, y tuvo que ejercerse a través de un conjunto de clases de servicio (o Diensklassen) [28] extraídas de un espectro relativamente amplio de la población. El fácil reclutamiento y lealtad de estos estamentos funcionariales estaban asegurados a causa de la naturaleza atrasada o semidesarrollada de la economía, que impedía a muchos a buscar seguridad en el empleo, ingresos regulares y ventajas médicas y de otra índole, como las conseguidas en los economatos en tiempos de penuria. Ello ayudaba también a sellar la alianza política entre los gobernantes y las clases medias. Parte del personal de esos estamentos no pertenecía directamente al aparato estatal. Ese era el caso de los legitimadores religiosos del régimen reaccionario, clérigos católicos y popes ortodoxos, aunque en el caso de los primeros haya que hacer matizaciones por región y período histórico. [29] Los sectores de las clases de servicio dedicadas a la represión política lo hacían según criterios específicos de selectividad acordes con la fórmula política no totalitaria de estos despotismos modernos de "vivir y dejar vivir", siempre que el dominio de régimen no se viera amenazado. [30] El terror político tendía así a ser selectivo, si bien alcanzó grados muy elevados y trágicos en todos los países en cuestión en las fases de enfrentamiento o represalia agudos. No obstante nunca llegó a alcanzar las proporciones cataclísmicas de los Estados policías nazis o estalinistas.

(d) Cooptación política y obediencia pasiva. Por todo ello la incorporación a la esfera del empleo estatal y de los cargos políticos tendió más hacia lo pragmático que a lo ideológico, sobre todo tras la fase de consolidación de cada régimen. Los miembros de las clases de servicio debían expresar su fidelidad al jefe y orden establecidos, pero en la mayoría de los casos no se les pedía particular militancia. Catedráticos, alcaldes, altos y

medios funcionarios consiguieron -pasadas las purgas políticas iniciales, eufemísticamente llamadas depuraciones- desempeñar y gozar de sus cargos rutinariamente y sin militancia.

Este fenómeno de incorporación no militante tuvo su contrapartida en la represión selectiva recién mencionada y en la exclusión sistemática de las "clases peligrosas" -obreros, estudiantes politizados- de la participación en el reparto de beneficios políticos. La exclusión de clase se agravaba en algunos países -especialmente España- con la exclusión étnica y la discriminación (y hasta persecución) de culturas minoritarias como la catalana y la vasca. Pero lo que los regímenes fascizantes buscaban era la obediencia pasiva de la población, no su movilización. El control de prensa y radio (más tarde también televisión) se realizaba no para movilizar sino para neutralizar, filtrar información y manipular los ánimos hacia la legitimación sin la exaltación multitudinaria que podría conducir a una catástrofe, aunque se celebrasen ciertos festejos públicos de apoyo ritualizado al régimen.

Como se acaba de señalar, en la medida en que el régimen italiano fue el más fascista de los cuatro, la baja movilización popular parece estar ausente allí. No obstante, la movilización y penetración de la sociedad civil por el Partido Fascista italiano no fueron tan profundas como las del Nazi en Alemania y declinaron muy notablemente hacia fines del decenio de 1930. Además el partido italiano, en un país sin tradición de gobierno pretoriano como la que existía en Grecia y España, se veía obligado a cumplir varias de las funciones de marcialización social. Así, su peso militar (y en la conducta de la guerra) fue superior al de la Falange española, la cual estuvo siempre subordinada a mandos militares durante la guerra civil y, en cierto sentido, también después. De igual manera puede entenderse que el Partido Fascista italiano formó parte de una coalición reaccionaria como la indicada. En su caso tal coalición se hundió tras el sitio de Stalingrado y la invasión aliada de Sicilia. Que esa coalición no estaba aún dispuesta a aceptar la democracia pluralista puede verse en la prohibición inmediata de todo partido político, proclamada por Badoglio tras la defenestración de Mussolini en 1942. No obstante, bajo presión de los aliados, y con apoyo comunista al pluralismo constitucional (la svolta di Salerno de Togliatti en 1943), Italia vino a ser el primer país de la Europa meridional que entró en el campo parlamentario y liberal sobre una base relativamente sólida.³¹ y liberal sobre una base relativamente sólida. [31]

V. La legitimación en las politeyas meridionales

Parece aconsejable hacer un alto aquí para explorar ciertos aspectos descolantes de la legitimación cultural de la autoridad y el poder en los países sureños, pues sin tener en cuenta sus rasgos no se explica el rumbo que han seguido en su peculiar proceso de modernización económica y política.

Ya tuve ocasión de referirme al fracaso de la Ilustración en erosionar el mundo cultural tradicional tanto en la península ibérica como en la italiana, dejando de lado el caso de Grecia, que durante todo aquel período cayó fuera del mundo europeo.

Aunque la participación de varios países mediterráneos en la Ilustración no fuera precisamente menguado, las tensiones y enfrentamientos desencadenados por la era y guerras napoleónicas pusieron fin a la posibilidad de que continuaran por la senda reformista tomada por ellos durante el siglo XVIII. [32] El último esfuerzo de modernización sin caos ni violencia revolucionaria ni contrarrevolucionaria fue quizás el de las Cortes de Cádiz en 1812. La Constitución allí proclamada, sabido es, tuvo repercusiones internacionales muy amplias. Las ocurridas en el Sur de Europa incluyen la inspiración de la portuguesa de 1822, tras la revolución de Oporto 1820, el influjo sobre el

alzamiento napolitano también de 1820, y el levantamiento y constitución piamonteses de 1821. Pero Cádiz no abrió un proceso reformista sin soluciones serias de continuidad, sino una época histórica torturada y tortuosa. Y es que el trasfondo cultural era demasiado arcaico para otra cosa.

La inmensa fortaleza del edificio cultural creado por la Contrarreforma no quedaba confinada al apoyo religioso y clerical a los intereses de unas clases dominantes atrasadas, menos unidas de lo que parece en sus actitudes ante la emergente modernidad. (Así, en Portugal y España, si bien estaban interesadas en mantener la esclavitud, pues ello era vital para la economía ultramarina azucarera o de cafetales, sus ideas sobre las formas nuevas de acumulación capitalista industrial eran a veces vagas y hasta hostiles a ella, salvo en los enclaves burgueses avanzados). El conservadurismo extremo gozaba de un poderoso apoyo popular (y, más tarde, populista) en regiones con una población piadosa rural abundante. Ello era menos cierto en zonas permanentemente enzarzadas en sus rivalidades endémicas ancestrales (Sicilia) o "descristianizadas" (Andalucía) y dotadas de un campesinado de braceros sin tierra, pero no faltaron amplias regiones en las que la vieja piedad haría posible una mesiánica hueste dispuesta a todo, por "Dios, Trono y Altar". La secularización apenas había afectado a estas gentes, que entraron a la fase crucial de la modernización sin distinguir bien entre lo profano y lo religioso y sin entender del todo qué virtudes o ventajas podía tener para ellas la tolerancia política. Sin mucha o ninguna preparación se sintieron pronto amenazadas por una serie de poderes satánicos, es decir, por gobiernos liberales, masónicos, ateos, y aparentemente dedicados a hacer añicos la suprema unidad del poder terreno y religioso. Es esta una constatación elemental si queremos comprender la virulencia y la amargura de la tensión entre lo secular y lo religioso en el Sur de Europa y los elementos no clasistas de los partidos confesionales en ella, tanto durante el siglo XIX como durante una buena parte del XX, en los tres países latinos. [33] El caso de Grecia, que puede parecer excepcional, dada la naturaleza de su cristianismo ortodoxo y de su iglesia nacional, sin las implicaciones políticas de la católica romana, tal vez lo sea menos cuando consideramos la identificación de sus varias dictaduras con el esencialismo helénico bizantinista.

La ausencia del protestantismo que, en varios lugares del Norte europeo había hallado al final una fórmula de conciliación con el catolicismo y había fomentado así el pluralismo ideológico, dificultó en el Sur las relaciones pacíficas entre creyentes y agnósticos o librepensadores. El pluralismo religioso que precedió al laico en el Norte, le preparó el terreno: tal preparación no existía en el Sur. Difícil es exagerar las consecuencias. Tal vez la falta de pluralismo explique, en buena medida, el arraigo que en nuestros países llegaron a alcanzar las sociedades secretas con fines políticos: los carbonarios italianos, el sinedrio portugués y los masones españoles, sin olvidar, en Grecia, la Filikí Etería, sociedad secreta que organizó la rebelión independentista helénica, ya durante la época napoleónica. Los Carbonarios italianos, por ejemplo, se vieron obligados a adoptar la posición conspiracional contra aquellas instituciones que precisamente gozaban del apoyo de la inmensa mayoría de la población. La resistencia vaticana a la unificación del país no sólo exacerbó la confrontación sino que creó una escisión entre dos dimensiones primordiales de la conciencia colectiva comunitaria: la identificación nacional y la fidelidad religiosa. En otros países, como Irlanda y Polonia, ambas cosas iban y siguen yendo juntas. En la Europa meridional su unidad llegó a ser esencial para la identidad colectiva del pueblo vasco y también lo fue para los griegos, por lo menos mientras duró el yugo otomano. En Grecia, no obstante, el antagonismo de la jerarquía de la Iglesia Ortodoxa contra la guerra de liberación nacional también hizo inevitable la escisión, a pesar de que existan notables diferencias entre el anticlericalismo occidental y el oriental en el Mediterráneo.

La oportunidad de sanar las heridas del abismo entre liberales y socialistas anticlericales y tradicionalistas se perdió en los decenios de gobierno conservador liberal y de parlamentarismo restringido anteriores a 1914, cuando el reformismo predicado por los hombres políticos más sensatos se estrelló contra la mentalidad intransigente que ya había cristalizado. El cinismo político y la apatía cívica habían hecho estragos de los que no era posible recuperarse con rapidez. En consecuencia, el cinismo institucionalizado empapaba el "rotavismo" portugués, o alternancia en el poder entre los Regeneradores (conservadores) y Progresistas (liberales) durante el período 1861-1889, y el turno entre liberales y conservadores españoles durante la Restauración española. En ambos países iba ello unido al caciquismo, al pucherazo y a otras añagazas políticas. Ese cinismo halló su ejemplo supremo en el "trasformismo" italiano, según el cual los gobiernos se formaban sin tener en cuenta la pertenencia a los partidos de sus miembros ni sus supuestos principios respectivos: por el simple poder, los diputados elegidos para formar gobierno abandonaban completamente su mandato electoral. Aunque se produjeron algunos esfuerzos significativos para reformar esta situación, nunca tuvieron éxito. [34]

El cinismo institucionalizado dio al traste, al final, con la poca democracia y libertad de que se gozaba. Los intelectuales liberales dieron prontas señales de desencanto y anunciaron indirectamente los albores de la solución fascista, muchas veces sin caer ellos mismos en esta moderna barbarie. Así Joaquín Costa, en España, empezó a inclinarse hacia una teoría tecnocrática del gobierno y la reforma económica, mientras que Pareto en Italia elaboró una teoría de las élites políticas que cortaba todo ligamen con el liberalismo progresista. El debilitamiento de la fibra moral liberal, atrapada entre la negación de la legitimidad del Estado (tal como la expresaban por ejemplo los anarquistas) y una resistencia feroz a la reforma cultural secularizadora por parte de las fuerzas reaccionarias, fue un factor decisivo en el triunfo final de la fórmula fascistoide. Algunos analistas han señalado muy cuerdamente que ni el fascismo ni la dictadura estaban destinados por la fatalidad a acabar con la democracia. [35] Aunque siento grandes simpatías por esta idea que tanto peso atribuye a la estrategia hábil de los gobernantes demócratas y corrige los excesos del determinismo, uno se ve obligado a ser bastante pesimista en cuanto a las posibilidades reales del republicanismo liberal y progresista en la zona estudiada y en aquella época, que aún no había visto las transformaciones económicas y socioestructurales necesarias para el confinamiento del extremismo a sectores minoritarios y poco poderosos.

Las formas ideológicas adoptadas por el fascismo consistieron en una amalgama de mitos históricos, doctrinas racistas, sublimaciones de frustraciones imperiales y cocciones de concepciones históricas pseudocientíficas. imperiales y cocciones de concepciones históricas pseudocientíficas. Hoy parecen ridículas, y lo eran ya cuando se proclamaron, pero en las circunstancias de la época, y apoyadas en la fuerza bruta de los enemigos de la democracia y la sociedad civil autónoma, alcanzaron no poco predicamento. Sus orígenes son ya prefascistas. Así, hacia 1914 un mitólogo portugués ya afirmaba que sus paisanos no eran ni hominii euoropeii ni especímenes del homo mediterraneensis, sino miembros del imaginario y superior homo atlanticus. Tal ensueño sería secundario para el pragmatismo salazarista posterior, pero ello no impediría a aquel régimen predicar la misión universal cristiana y civilizadora de la nación lusitana, por encima de cualquier otra, como doctrina central justificadora. Parecidas doctrinas conformaban la ideología franquista de la Hispanidad. La megali idea griega, que procedía de las ilusiones y frustraciones panhelénicas iniciales, vino a ser parte esencial de la doctrina reaccionaria de aquel país y tergiversada completamente. Las nociones fascistas de imperio romano y civiltà son demasiado bien conocidas como para necesitar comentario. En todos estos casos no parecían importar falacias y contradicciones. El único consuelo que cabe es que los viejos pueblos mediterráneos, nunca desprovistos del todo de su vieja sabiduría y su escepticismo, jamás cayeron, como hicieron los alemanes, en una convicción casi

totalmente generalizada de la rectitud de tales ideologías. En algún caso la incredulidad popular fue muy aguda, como cuando los Coroneles griegos, desde 1967, proclamaron que sintetizaban los valores (esencialmente contradictorios) de la Hélade antigua y de Bizancio. Su dictadura se hundiría tras haber sufrido la irrisión y el sarcasmo populares.

La dictadura de los Coroneles ocurrió en una época ya culturalmente posfascista, cuando el gran ciclo de las dictaduras fascizantes daba sus últimas boqueadas en un mundo neoliberal y aún próspero. Superado ese ciclo, y dejadas atrás las guerras anticomunistas en Italia, España y Grecia, las tres penínsulas mediterráneas entraron en una última fase -que exploraré en seguida- en la que se produjo finalmente una instauración (no sin restricciones) del liberalismo. Pero en ella no aparece este encarnado en un partido, sino como cultura general para el consenso político. Su legado radical de secularismo militante y reformista fue heredado por comunistas y socialistas, no sin readaptaciones importantes. Se debieron éstas, entre otras cosas, a la desaparición del anticlericalismo (sustituido por la indiferencia) y a la aparición de una cultura consumista y lúdica de espectáculos deportivos y televisivos constantes. Estos últimos fenómenos deberían haberse tenido más en cuenta por parte de quienes llegaron a afirmar, en los años ochenta, que, en contraste con el Norte, en el Sur de Europa la izquierda había creado una verdadera cultura alternativa a la dominante. Los acomodados con la Iglesia, el cristianismo, y el liberalismo difuso fueron siempre muy considerables desde un primer momento. Cuando Enrico Berlinguer lanzó en 1973 la política del por él llamado "compromiso histórico", la cosa no era tan sólo un movimiento táctico de su partido, sino que reflejaba esa adaptación profunda y rompimiento con un pasado de auténtica confrontación antiburguesa. El llamado Eurocomunismo propuesto por Santiago Carrillo en su fase posestalinista reflejó un fenómeno parecido de aparente conversión a la cultura liberal otrora aborrecida, al margen de si ella había penetrado o no las filas comunistas. La aceptación de éstas y parecidas actitudes -como la del mantenimiento socialdemócrata del capitalismo avanzado- no trajo consigo una desaparición de la oposición, como afirmó algún crítico. [36] Lo que sí auguró el fin de la gran escisión de la cultura política tradicional, así como un lento y nada fácil resurgir de una legitimación amplia del orden político constitucional.

Quizás sea éste un buen contexto en el cual entender la militancia extremista: la lucha armada contra el "orden burgués", el terrorismo, e incluso ciertas formas de oposición extraparlamentaria, a pesar de importantes diferencias entre sí. La aparición de grupos terroristas a ambos extremos del espectro político, así como la formación de movimientos políticos minoritarios revolucionarios, puede relacionarse con el debilitamiento de la escisión política tradicional y su sustitución por un grado apreciable de consenso. A su vez, cada acto de violencia -terrorismo neofascista, separatista, estatal, militarista, etcétera- forja mayor unidad entre los partidos constitucionalistas. El apoyo masivo al parlamentarismo y la constitución que generó el asesinato del Primer Ministro Aldo Moro en Italia en 1978 (apoyo iniciado por el Partido Comunista) halló paralelos parecidos en manifestaciones populares democráticas y antigolpistas en España, tras la intentona anticonstitucional de Febrero de 1981. En ese país la táctica de ETA reforzó la unidad y resolución de los partidos constitucionales, en vez de dividirlos, y constituyó el mejor pretexto para los elementos golpistas en el Ejército. Media pues un abismo entre las discrepancias interpartidistas de la época democrática iniciada allí en 1976 y las que enfrentaban a los partidos antes de 1936.

Las fisuras y polaridades en el universo político-cultural de la Europa sureña no se limitan a la confrontación del consenso con el desafío extremista. Son también las que genera la naturaleza de mosaico de sus sociedades respectivas. La pluralidad étnica y lingüística de la Península Ibérica, junto a la distinción entre Norte y Mediodía en Italia, son los casos paradigmáticos. Con implicaciones distintas, existe también una división importante en

Portugal a lo largo del Ribatejo, aunque quizás el mundo cultural lusitano se divida con mayor claridad en el Mondego, en Coimbra. Aunque hay congruencias aquí entre religión, mentalidad y otros aspectos culturales, por un lado, y estructura económica, por otro, parece evidente que es muy difícil establecer correlaciones sólidas. Más bien parece que discontinuidades y dualismos se entrecruzan y superponen en la zona, con modos distintos en cada lugar y país.

El conflicto político se exagera cuando existe una superimposición de agravios, como ocurriera en el Alto Adige o Bajo Tirolo y más tarde, y con mayor virulencia, en el País Vasco. En esos lugares confluyen inmigración laboral y funcional, dificultades económicas, falta de autonomía, malgobierno, etnia diferente y otros factores que, juntos, conducen a la exasperación popular y a la tragedia civil.

Existen además otras discontinuidades socio-estructurales. Una de las más notables es el abismo tradicional entre la ciudad altamente civilizada y su trasfondo inmediato atrasado, abismo hoy en crisis avanzada. Nápoles es característico en ello, pero también lo fueron Barcelona y Bilbao, con sus "hinterlands" carlistas y antiliberales en pleno florecimiento industrial y burgués. Ello ha sido un rasgo fundamental de estas sociedades durante siglos, quizás milenios, y sería insensato afirmar que ciertas características aparentemente perennes de la antropología social mediterránea vayan a desaparecer de la noche a la mañana, o que no vayan a afectar, como lo hicieron antaño, a la vida política y económica de esos países. [37]

VI. Transición económica, transición política

Dos sucesos, paradójicos en sus resultados, condujeron, junto a otros, a la Europa del Sur hacia un orden político liberal democrático mucho más sólido y duradero que cualquiera de los que le precedieron: (a) el agotamiento de la legitimación patrimonial despótica y reaccionaria del poder a través de la propia ideología fascistoide y (b) las mudanzas en la estructura misma de la economía producidas, en no poca medida, por la misma propia de las dictaduras.

Vimos ya cómo, en el marco del orden represivo y reaccionario descrito más arriba, las dislocaciones provocadas por la naciente sociedad industrial engendraron una oposición política de talante revolucionario y no meramente radical. Los esfuerzos por incorporar al socialismo moderado en el sistema político establecido fracasaron al final bajo la tenaza que formaba, a su izquierda, el movimiento revolucionario y, sobre el otro flanco, la represión reaccionaria o, más tarde, fascista. Esa fue la historia desde la época de las ocupaciones de fábrica en Turín durante el Bienio Rojo (1919-1920) -que condujeron a la fundación de un partido revolucionario por Gramsci y sus colegas- hasta la derrota de socialistas, comunistas, anarquistas y liberales por las fuerzas militares franquistas en España, en 1939. Todo ello culminó en el descalabro de los comunistas griegos en otra guerra civil (1946-1949). Había de ser la última de la Europa meridional, hasta que estalló la de los Balcanes en 1991, con la descomposición de Yugoslavia. Fue coronada en Grecia por el psudoliberalismo y la reacción. En la mayoría de los casos los liberales preferían aliarse a la extrema reacción o al más puro fascismo, que hacerlo con los socialistas o aceptarlos así: en Noviembre de 1922 un parlamento predominantemente liberal votó abrumadoramente en favor de Benito Mussolini.

El modo de hundimiento de cada una de las dictaduras reaccionarias varió de país en país: no hay un único modo de transición al pluralismo parlamentario neocapitalista y de Estado asistencialista. Así, fue la derrota en la guerra aventurera e insensata la que acabó con el fascismo italiano en 1943 y el aventurerismo, tras la intervención griega en Chipre, con el régimen de los Coroneles en 1974. En España, el franquismo se fue desgastando a

través de su propia política económica desarrollista, sobre todo desde 1959, que le permitió adaptarse con singular tino a un mundo cambiante, y desplazar del primer plano político a los sectores clericales anticuados y a los falangistas autarquizantes. Cuando Franco murió en 1975, la ideología oficial ya se había evaporado. Salazar, fue el más ladino de los jefes fascistoideos: desde el primer momento se percató de los peligros de la modernidad para la estabilidad de su poder y consiguió mantener a la población en una admirable ignorancia de las vanidades del mundo tecnológicamente avanzado y pecaminosamente secularizado. Aparte del siempre especial caso del fascismo italiano -dada su originalidad y la desconfianza ante el Vaticano, característica de ciertas fuerzas políticas de aquel país desde Garibaldi-, el fracaso ideológico de estos regímenes fue muy espectacular. En ninguna parte fue mayor que en el régimen clericalista franquista, donde se vaciaron los seminarios y decayó la piedad pública bajo su propia égida, amén del poderoso movimiento de oposición democrática que iniciaron para escarnio suyo, los mismos cristianos demócratas de izquierda.

Los despotismos reaccionarios del siglo XX en la Europa meridional se imbricaron en el aparato estatal de modo nuevo. Lo usaron para complementar los débiles esfuerzos del capital privado en la tarea de la acumulación capitalista en gran escala, en la industrialización, en la creación de una infraestructura económica y en la urbanización de la población, entre otros objetivos. Los métodos que emplearon para conseguirlo -y en especial el de la acumulación violenta del capital, sobre un campesinado subyugado y una clase obrera sin sindicatos libres- son conocidos. Con la parcial excepción de la economía salazarista prekeynesiana, las demás dictaduras mediterráneas se adentraron por la senda de la expansión capitalista privada y pública, y por la de la producción estatal monopolista. Bajo el signo de la autarquía nacional, Italia y España crearon vastos holdings estatales, el Instituto per la Ricostruzione Industriale (IRI, fundado en 1933) y el Instituto Nacional de Industria (INI, establecido en 1941), que los regímenes parlamentarios posteriores no intentaron dismantelar. (Sólo llegados los años setenta y ochenta, ambos gobiernos iniciaron privatizaciones parciales y comenzaron a revisar su concepción de estos entes públicos, coincidiendo con la oleada privatizadora internacional y obligados, en algunos casos, por los reglamentos de la Comunidad Europea). Los orígenes de esta tendencia distan de ser estrictamente fascistas o de encajar en su ideología inicial. En Italia, se encuentran en intervenciones públicas de remedio, surgidas a raíz de la crisis de 1929.³⁸ Por su parte, sucesivos gobiernos griegos mostraron tendencias intervencionistas muy pronunciadas, sobre todo a través de la banca (cuyo poder sobre la economía llegó a ser tan grande, si no es que mayor que en España) que representaban allí un enorme programa de inversión pública. En todos los países en cuestión, tras ciertas fricciones y tensiones con el sector privado, el legado estatal del difunto Estado fascistoide se fue acoplando con relativa facilidad a las nuevas formas de capitalismo avanzado occidental. Funcionó, durante el auge del keynesianismo, como en cualquier otra parte de ese mundo: el Estado absorbía a veces empresas enfermas, financiaba las políticamente convenientes, y hasta llegó a ser el amo de algunas compañías eficientes y, en ciertos períodos, no deficitarias, como líneas aéreas o empresas de ingeniería civil. Tras la aparición de las inversiones extranjeras masivas en los años sesenta (ya antes en Italia), combinada con la penetración de las empresas multinacionales en la Europa meridional, la función económica del Estado se desplazó hacia la coordinación y arbitraje de la economía, con una reducción notable de su peso inversor como empresario. El Estado empezó a garantizar la repatriación de capitales y beneficios y, en las dictaduras, la disponibilidad de una clase obrera dócil y barata.

Las consecuencias políticas de Yalta y la victoria de 1945 descartaron la posibilidad del socialismo en los cuatro países. Sus gobiernos eran dictatoriales en España y Portugal; parlamentarios de derecha en Italia, con conatos de democracia tergiversada en Italia,

como ocurriera con la legge truffa, inspirada por De Gasperi en Italia y abrogada un año después de las elecciones de 1953, y que poseía un inquietante parecido con la ley Acerbo mussoliniana de 1923; reaccionarios y de "democracia guiada" en Grecia. Ninguno de estos regímenes tuvo otra opción que la de la apertura al capitalismo internacional. La estabilidad y la mano de obra barata permitieron que continuara el ensanchamiento, de Norte a Sur, del mundo europeo industrializado capitalista en busca de mano de obra barata. En el caso de Grecia, además, ello permitió que el capital de la diáspora volviera finalmente al redil. Toda resistencia a la inversión extranjera (o esfuerzos de nacionalización, como fuera el caso de la compañía Barcelona Traction tras el triunfo franquista) se había esfumado en 1970, si no antes. Hubo una efímera excepción en el caso de Portugal, impelida por la euforia del golpe democrático de 1974, pero acabó con el plan de estabilización de 1978, cuando la economía volvió a criterios de acumulación de plusvalía y el gobierno obtuvo de nuevo la confianza internacional capitalista. [39] La entrada de Grecia en el Mercado Común (1980) fue seguida por la de los dos países ibéricos, en 1986. En sus esfuerzos por acceder a él sus gobiernos procuraron homologar sus economías a las del centro industrializado, de cuya semiperiferia empezaban por fin a dejar de formar parte. En todo este proceso subyacen importantes tendencias de internacionalización del capital, transferencias de tecnología, migraciones laborales internacionales, europeización del mercado de trabajo y transnacionalización del proceso productivo, que no pueden ser descritas en este lugar, pero cuyas consecuencias para la integración socioestructural europea son muy considerables. [40]

En el análisis de esa integración hay que ir con cautela en lo que se refiere a la idea del colonialismo económico del Norte (y los EE. UU. y Japón) sobre el Sur de Europa. Así Italia posee sus multinacionales, y algunas industrias importantes en los demás países son internacionalmente competitivas: la expansión industrial y comercial de Grecia y España en el extranjero es un hecho, aunque su alcance pueda parecer comparativamente limitado. (Parte de esta expansión, como en el caso de la industria aeronáutica española, va unida parcialmente a la de empresas extranjeras). En todo caso, el paso de la semiperiferia al centro está ocurriendo con una característica mezcla de subordinación y autonomía, típica de la región desde principios del largo período histórico aquí considerado. El proceso no ha acabado durante los años noventa, y reina cierto escepticismo, tanto en Bruselas como en países como la misma España, cuyo gobierno socialista lanzó en 1991 un duro plan de convergencia con los países de la Comunidad Europea más avanzados, cerca del plazo en que podrá completarse.

Todo ello ha entrañado mudanzas importantes en la fuerza y posición relativa de las clases sociales tradicionales. Así la creación de una clase obrera industrial meridional en el Norte de Europa (frenada desde 1973) fue uno de los fenómenos más espectaculares. (Seguido por la aparición de sectores inmigrantes extraeuropeos, no sólo en el Norte de Europa, sino en su propio Sur). También lo fue el establecimiento de industrias en el Mediterráneo, donde las multinacionales hallan ahora una mano de obra especializada, y una infraestructura de autopistas, telecomunicaciones, aeropuertos y sanidad tan conveniente como en sus países de origen. En medio de tales cambios, las burguesías financieras e industriales nacionales que ya habían visto su poder complementado (y hasta circunscrito) por el auge del capitalismo estatal tienen que enfrentarse ahora con la competencia extranjera o bien, como suele suceder, subordinarse a ella o ceder del todo, vendiendo sus propiedades. Dada la autonomía política de sus respectivos Estados -a pesar de las erosiones sufridas por la progresiva unificación impuesta por la Comunidad Europea- ello ha redundado en un aumento de poder para grupos de presión de toda índole, partidos y sindicatos, sin olvidar las nacientes "burguesías de Estado" y los conglomerados industriales y financieros con intereses propios y distintos de las burguesías tradicionales.

El colapso de la ideología dictatorial en conjunción con estos cambios en la economía abrió las puertas a una política pluralista (con las limitaciones con que debe usarse el término) semejante a la practicada en el resto de Europa occidental, aunque difiera de ella en ciertos sentidos. Así, en el centro y la derecha continúan siendo importantes los partidos controlados por notables, dotados de una ideología sincrética y orientados hacia la colonización del estado. [41] La metamorfosis de la vieja clase política reaccionaria en un partido o partidos democráticos cubriendo el centro y la derecha fue posible, como indiqué más arriba, en virtud de la composición clasista de los regímenes dictatoriales, no totalitarios, que precedieron a la situación constitucional. Ello se aplica tanto al partido Nea Demokratia de Karamanlís en Grecia, como a la Unión de Centro Democrático que forjara Suárez en España. Sus plataformas electorales (maltrechas posteriormente por el ascenso del socialismo en ambos países) presentan algunas similitudes faccionales, ideológicas y de clase. Tras el interludio pretoriano y socialista en Portugal, las victorias de 1979 y 1980 de la coalición conservadora de Sá Carneiro (capitaneada luego por Pinto Balsemáo) parecían anunciar una convergencia relativa de todos los gobiernos mediterráneos con la fórmula establecida en Italia en 1948, que permitió allí una hegemonía ininterrumpida de derechas en los decenios subsiguientes. No obstante, la formación de un gobierno de coalición en Italia (que incluía a los socialistas), la victoria del Pasok en Grecia en 1981 y los triunfos socialistas en Andalucía y otros lugares de España -que en 1982 auguraban una victoria en las elecciones generales siguientes-, parecían indicar el advenimiento de lo que muchos observadores consideran como la madurez política de la región Sur del continente. En ese sentido madurez es no sólo la existencia legal de una vigorosa oposición democrática de izquierdas, sino su acceso pacífico al poder, seguido de gobierno pacífico y aceptado sin hostigamiento ilegítimo ni anticonstitucional por parte de las fuerzas conservadoras.

En ninguno de esos países tuvo lugar una transición de la dictadura a la democracia parlamentaria a través de la revolución. En todos los casos la transición ocurrió con una medida notoria de "democratización desde arriba" aunque no fuera esa la intención del dictador ni de sus sucesores inmediatos. [42] En Italia la transición comenzó con fuerza casi revolucionaria en el interior, empujada por el vasto movimiento partisano en lucha contra el fascismo y los ocupantes alemanes, pero fue precipitada por la invasión extranjera. La intervención aliada puso fin a las aspiraciones radicales de los partisanos y de la izquierda antifascista en la derrota electoral del Frente Popular en 1948. En España los planes de "ruptura democrática" con la dictadura se mantuvieron vivos hasta 1977, pero se hicieron superfluos cuando ciertos grupos políticos estratégicamente emplazados en el régimen la forzaron a hacer concesiones y fueron apoyados por los dirigentes de la oposición para la creación de una política consensual. Ni siquiera en Portugal se produjo una ruptura revolucionaria con el pasado: el clamor inicial de justicia contra el régimen derrocado y la incorporación de los ideales socialistas en la Constitución no fueron suficientes para ello. Una de las razones de esta falta de ruptura fue que el golpe militar fue conspiracional, y se desarrolló al margen de todo movimiento popular. [43] La división de la izquierda entre un socialismo democrático mayoritario y un comunismo estalinista poderoso permitió el reagrupamiento de la derecha y la continuidad del arbitraje militar. En Portugal, como tres decenios antes en Italia, el orden militar, económico y político internacional de Occidente hubiera creado muy serias dificultades a un cambio socioestructural más profundo aun que el sufrido. Este, en algunos terrenos, como el de la reforma agraria, no dejó de ser importante, a pesar de sus limitaciones. [44]

La estrechez de las opciones con las que se enfrentaron todas las formaciones políticas en los cruciales momentos de la transición ha hecho que algunos observadores crean que en la Europa del Sur está emergiendo una forma "consociacional" de democracia. Aun suponiendo que sea indiscutible la existencia del consociacionalismo en politeyas como la de los Países Bajos, parece problemático aplicar esta categoría a la Europa sureña. El

consociacionalismo entraña compromiso y acuerdo entre élites capaces de controlar a sus seguidores y preocupadas por establecer una línea común de acción para evitar la polarización, la confrontación y otras estrategias mutuamente destructivas, pero ello sólo ocurre cuando todos son igualmente libres para elaborarla. [45]

En el Mediterráneo, en contraste con ello, las diversas fuerzas políticas entraron en acuerdos y concesiones mutuas bajo una poderosa vigilancia externa o superior. (Los aliados en el caso de Italia, la ingerencia extranjera en el caso de Grecia, los "poderes fácticos" militares en Portugal y España). En cada caso hubo árbitros que impusieron condiciones a la naturaleza de la transición. Las fuerzas políticas entraron en ella de modo claramente asimétrico, de un modo congruente con las estructuras de clase, poder y privilegio preexistentes y sin ir más allá de lo que se les permitía desde fuera. Suponer, pues, que a pesar de que hay algún elemento cuasi-consociacional en la política española (creado por ejemplo por la presencia de partidos en las nacionalidades de Cataluña y el País Vasco) la política de ese país es consociacional, puede ser equivocado. Estas reservas pueden extenderse a otros países. Así, en Italia tanto la apertura a izquierda en 1962 como el *compromesso storico* de 1973 podrían interpretarse como esfuerzos de entendimiento consociacional, con la intención de mantener la democracia, pero ello olvidaría el hecho decisivo de que ambas estrategias ocurrieron después y no antes de que todas las partes fueran obligadas a hacer concesiones y darse garantías mutuas en los años clave de 1943 a 1948. El partido Nueva Democracia, de Karamanlís, por su parte, impuso la constitución sobre las demás fuerzas políticas, sin negociación sustancial con ellas. Y el caso portugués es demasiado obvio para necesitar comentario. [46]

VII. Entre la libertad y el corporatismo

La caída de las dictaduras en la Europa meridional posee interés no sólo por su importancia intrínseca, sino por el momento histórico en que ocurrió. Las nuevas democracias parlamentarias europeas estables no vinieron a unirse al mundo liberal de antaño, sino al universo en algunos sentidos posliberal. Ese mundo se apoya en una sociedad que con la debida cautela podría llamarse corporativa, y que es tecnológicamente avanzada y políticamente competitiva. En Occidente la sociedad corporativa se caracteriza por una medida de pluralismo ideológico y partidista, por la existencia de derechos civiles individualistas y por la representación democrática (rasgos todos heredados por el liberalismo) pero también por el desarrollo constante de amplias organizaciones formales (corporaciones) en todos los niveles. Naturalmente, estos últimos rasgos están en contradicción con el primer conjunto de características. De estas corporaciones la más señalada es el Estado mismo, pero descuellan también los grandes sindicatos, los partidos, las asociaciones patronales, las compañías multinacionales, las instituciones financieras, los servicios públicos sanitarios. Es, pues, una sociedad en la que el conflicto de clase, el mercado económico, la integración personal y colectiva están mediatizados y filtrados por las más diversas corporaciones: sindicales, militares, administrativas, financieras, religiosas, educativas, políticas. Esa sociedad, por lo tanto, no puede ser definida solamente en términos de intervención estatal en la economía, o mediante la presencia de la relación tripartita entre el gobierno, los sindicatos y los patrones, aunque sea éste uno de sus rasgos estructurales. Por lo tanto, su orden no puede confundirse con el del "corporativismo" fascista. Los "Estados corporativos" italiano, portugués, y de otros lugares, eran meras fachadas a las que no correspondía una realidad social tangible.

La entrada de la Europa sureña en el "centro" corporatizado, desde la semiperiferia económico-política en que se hallaba, ha tenido lugar también cuando el nivel de vida, la distribución de los ingresos, la urbanización, la educación, la salud, las tendencias demográficas y tantos otros indicadores sociales casi han alcanzado en ella cotas

nordeuropeas o tienden a alcanzarlas. No cabe duda de que la distancia que separa en estas cosas a Franconia de Sicilia, a Andalucía de Gales y a Tesalia de Jutlandia es aún muy grande, pero lo significativo es que se va cerrando en varios sentidos. Para ser más preciso: lo que se está cerrando primero es la distancia entre las zonas en desarrollo o ya industrializadas del Sur, y las que están estancadas, deprimidas, o sufren desindustrialización en el Norte. En todo caso, la Europa mediterránea ha dejado de formar parte definitivamente de la semiperiferia del sistema económico mundial.

TEXTO

Aceptar estos hechos no significa aceptar también nociones simplistas de convergencia global entre sociedades. Para empezar, el centro capitalista avanzado, industrializado, dotado de Estados asistenciales y claros elementos de corporatismo, se ha ido extendiendo al Sur sin diluir siempre sus estructuras clasistas, ni sus culturas locales, redes de patronazgo y lealtades locales o étnicas. (Al contrario, algunos nacionalismos "minoritarios" pueden entenderse en parte como respuestas a esta modernización intensificada). Ninguno de estos rasgos ha permanecido intacto, pero su notable resistencia han mantenido desigualdades sociales y geopolíticas y en algunos casos hasta quizás las hayan agravado. En otras palabras, mientras que es posible afirmar que ha ocurrido un proceso de integración (y hasta de convergencia) al nivel corporativo entre las naciones europeas, apenas lo ha habido al nivel de las clases, la comunidad y el privilegio y el poder locales. En esto último las sociedades mediterráneas son tan singulares como siempre, y tan distintas entre sí como lo fueran ayer. Las generalizaciones transnacionales entre ellas son harto difíciles, y este ensayo no las ha eludido en ningún caso; sólo ha querido poner de relieve algunos elementos interesantes de comparabilidad. Las diferencias entre Andalucía y Sicilia, por ejemplo, son inmensas, como nos dirá cualquier antropólogo que busque bajo el manto delgado de las obvias semejanzas. Y cuando situamos estos países a lo largo del continuum imaginario del desarrollo económico capitalista, también vemos cuán arduo es hacerlo. Así, Italia sería el más avanzado, seguida de España y ésta, quizás, de Grecia, con Portugal a la zaga. Pero ello ignoraría ritmos y modos diferentes, cualitativos de mudanza, por no hablar de las excepciones. Ciertas partes de Italia -Calabria, Basilicata- son enclaves de arcaísmo y pobreza pocas veces igualados en el Mediterráneo europeo. En el polo opuesto hallamos zonas industriales avanzadas, como Setúbal o Salónica, enclaves de una especie contraria, y rodeadas de un mundo aún muy rural, con bajo poder adquisitivo y una estructura social atrasada.

No es previsible que la actual política de "cohesión" de la Comunidad Europea sea capaz de reequilibrar por sí sola referencias regionales de tal gravedad. Acuerdos como los de Maastricht, de 1992, no tienen envergadura suficiente y son admitidos con resistencias cuando se ratifican por los parlamentos de cada país. Más bien parece que la aparición de nuevas zonas de prosperidad e innovación en el Sur -como el arco Milán-Niza-Montpellier-Barcelona- se deba a procesos históricos profundos y preexistentes, para los que los aparatos políticos y administrativos sirven, a lo sumo, de agentes agilizadores.

Las sociedades corporativas occidentales a las que se han sumado plenamente las mediterráneas (aunque ellas mismas posean aún un grado menor de corporatización) son muy distintas de lo que fueran ayer. Sus partidos, opinión pública y viejas pero aún vigorosas sociedades civiles tienen que habérselas hoy con monopolios y oligopolios, y con la expansión incesante del aparato estatal y de las burocracias. [47] En ellas, y por extensión en las del Sur, el corporatismo genera contracorrientes importantes que pueden conducir a la descentralización política y a oposiciones comunitarias muy notables, así como a movimientos populares ligados a reivindicaciones no clasistas, como las

pacifistas, feministas, ecologistas, y otras semejantes. A ellas hay que añadir nacionalismos étnicos potentes y regionalismos (como las Ligas norteñas italianas en los años noventa) que desean replantear las relaciones centro-periferia dentro de sus propios Estados sobre otros criterios de los hasta el momento prevalecientes.

Las dificultades del mundo occidental -el paro, la inflación, el peso de la militarización, la presión fiscal, la competencia de focos industriales ultramarinos- son ya también las dificultades de la Europa mediterránea. Por ello esta somera exploración de su evolución reciente debe acabar con una nota de incertidumbre. Ninguno de los males que turban hoy la vida de esos países, sean o no endémicos, puede ya aislarse del marco más anchuroso del que forman parte. La interdependencia política y económica de toda la Europa occidental es ya una verdadera interpenetración. Los países de la Europa meridional han dejado de ser islas, si es que alguna vez lo fueron de verdad. A esta nueva situación ha contribuido en no poca medida el cada vez más dilatado período de consolidación democrática y de reformas políticas a que ninguno de los países de la Europa meridional aquí considerados ha sido ajeno en los últimos tiempos. Merced a ello los europeos del Sur son, por fin, ciudadanos, equiparables en muchos sentidos a los demás europeos occidentales. Con ellos comparten ahora tanto sus responsabilidades y sus problemas como sus anhelos colectivos, en el marco de la civilización común que a todos ha forjado.

CITAS:

[*] Director del Instituto de Estudios Sociales Avanzados de Barcelona, España. Esta es la versión escrita en castellano para Sociológica por el propio Dr. Giner, que revisa un texto publicado anteriormente en Argentina con el mismo título, y que es una traducción del idioma inglés. Nota del Editor.

[1] Los conceptos de "centro", "periferia" y "semiperiferia" son importantes para mi argumentación. Sin embargo, los empleo de un modo adrede pragmático, evitando las implicaciones que han llegado a tener en ciertas escuelas. Véase E. Shils (1975); I. Wallerstein (1979); P. Burke (1979). Para el modo en que la noción wallersteiniana puede aplicarse a la Europa meridional véase A. Bayley (1981); otra versión neomarxista aparece en G. Arrighi (1985) y en N. Mouzelis (1986). Las dificultades (tal vez insuperables) de intentar usar los conceptos de "centro", "periferia", "semiperiferia" y "periferialización" (entre otros) con total nitidez, se hacen evidentes al constatar los usos dispares que de ellos hacen quienes más los preconizan: véase G. Arrighi, ed., (1985) y en N. Mouzelis. Por otra parte, mi uso del término "modernización" es igualmente pragmático. Me abstengo de referirme a la vasta bibliografía sobre la cuestión.

[2] Sobre la unidad y existencia de un "mundo mediterráneo", F. Braudel (1966) y O. Ribeiro (1987), pp. 1-100.

[3] La noción de sociedad atrasada, ligada a la creencia en el progreso al alcance de todos fue desplazada, en su día, por la de subdesarrollo, no menos cargada de ideología que ella. Los países mediterráneos europeos poseen abundante literatura sobre el atraso. No toda ella propone modos de superarlo. El "que inventen ellos" proverbial de don Miguel de Unamuno es una de las reacciones interesantes. Ciertos movimientos sociales meridionales no pueden entenderse sin la conciencia desdichada del atraso. Ese es el caso del Risorgimento italiano. El liberalismo radical de Carlo Cattaneo (1961) y sus esfuerzos por modernizar su país ilustran esto.

[4] Malefakis atribuye el desprecio de los meridionales hacia sus propios países al hecho de que ellos también hubieran aceptado la versión de la verdad histórica creada por los

norteños. Cita la célebre observación de Cánovas en 1876, cuando definió a los españoles como "aquellos que no podían ser otra cosa", la referencia de los griegos a su país como psorocóstena (caballo piojoso), a Giolitti refiriéndose a Italia como una jorobada que necesita un sastre especial. El pesimismo portugués es el más notorio. Malefakis recuerda la frase de Eça de Queirós diciendo que el país sólo sirve para ponerse frente a él y tirarle piedras, así como una amarga observación de Pessoa (Malefakis, 1992:3-4).

[5] I. Wallerstein (1974) p. 101. Irónicamente, subsiguientemente se produjo una restauración parcial del medievalismo en Cataluña: congelándolo los catalanes intentaron mantener sus libertades, fueros y privilegios, cf. A.I. Mackay (1977) pp. 159-164 y S. Giner (1984), pp. 1-13.

[6] Produjéronse, naturalmente, excepciones en esta decadencia, como la notable capacidad de Venecia para sobrevivir y hasta continuar su prosperidad, o el desarrollo de la burguesía mercantil griega bajo nuevos amos. Sobre el origen remoto de la crisis general de la zona, F. Braudel (1966).

[7] L. Cafagna (1975); J. Fontana y J. Nadal (1975).

[8] I.T. Berend y G. Ranki, *Economic Development in East-Central Europe in the 19th and 20th Centuries*, Nueva York: Columbia University Press, 1974 y A. Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective* Harvard, University Press, 1962.

[9] N. Mouzelis (1978) p. 4.

[10] L. Cafagna, (1975) y J. Fontana y J. Nadal, (1975) pp. 460-473. Las crisis económicas de la posguerra dañaron pero no destruyeron del todo la base industrial así creada.

[11] M.V. Cabral (1979) pp. 7-41. Sobre la transición al capitalismo sin expansión industrial o crecimiento cuantitativo de mercancías, cf. P. Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, París: SEVPEN, 1962, citado también por Cabral, pp. IX-X.

[12] J.Nadal, *El fracaso de la revolución industrial en España*, Barcelona: Ariel, 1975, p. 226.

[13] G.Th. Mavrogordatos, *Stillborn Republic: Social Coalitions and Party Strategies in Greece, 1922-1936*, Berkeley: University of California Press, pp. 82, 90, 168 y 175.

[14] Como subraya Malefakis (1992) p. 33

[15] M. Halpern Pereira, *Livre cambio o desenvolvimiento económico*, Lisboa: Cosmos, 1971.

[16] M. Izard, *El Siglo XIX: Burguesos i proletaris*, Barcelona: Dopesa, 1978. Claro está que el proteccionismo, por sí solo, no resulta en la esclerosis del capitalismo: en los EEUU el proteccionismo tuvo consecuencias muy diversas.

[17] N. Mouzelis, *Modern Greece (1922-1936)*, pp. 16-17.

[18] Según Jordi Nadal y otros historiadores, la propiedad extranjera de las empresas españolas estranguló el despegue industrial del país. Las enormes ganancias de los inversores extranjeros tuvieron efectos negativos para el desarrollo español. Charles

Harvey ha intentado cualificar este argumento sin poderlo refutar del todo. C. Harvey, *The Río Tinto Company: an economic history of a leading international mining concern, 1873-1954*, Londres: Alison Hodge, 1982.

[19] C. Tsoucalas, *The Greek Tragedy*, Harmondsworth: Penguin, 1969, pp. 15-23

[20] Hacia 1960, según T. Gallagher, un círculo de veinte familias controlaba el sistema político-económico portugués. T. Gallagher "Controlled Repression in Salazar's Portugal", *Journal of Contemporary History*, Vol. 14 (1979) p. 396.

[21] P. Schmitter difiere en S.L. Graham y H.M. Makler, eds. *Contemporary Portugal : The Revolution and its Antecedents*, Universidad de Texas, 1979. Una interpretación de la revolución que cuestiona varios tópicos sobre su alcance verdadero es la de Manuel de Lucena, *O estado da revolucao: a Constitucao de 1976* Lisboa: Sojornal, s.f.

[22] E. Malefakis, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain*, Universidad de Yale, 1970.

[23] Dualismo en el sentido de diferenciación complementaria de dos universos aparentemente opuestos, y no en el de que existieran cada uno por su parte. Sobre fases más recientes del dualismo meridional cf. S. Berger y M.J. Piore, *Dualism and Discontinuity in Industrial Societies*, Universidad de Cambridge, 1980.

[24] S.J. Woolf, ed. (1968). También A. Costa Pinto (1991)

[25] Hago abstracción aquí de la insoslayable e incómoda cuestión de la medida en que el fascismo fue también una fuerza "revolucionaria". Cf. para ello R. de Felice, *Le interpretazioni del fascismo*, Bari: Laterza, 1970.

[26] Los orígenes del siguiente modelo de régimen reaccionario fascistizante fueron elaborados, para el caso español, en un ensayo aparecido en 1974 en los Cuadernos de Ruedo Ibérico, por el autor, en colaboración con Eduardo Sevilla. Aparece en forma más extensa en S. Giner y E. Sevilla "From Despotism to Parliamentarianism: Class Domination and Political Order in the Spanish State", en R. Scase. ed. *The State in Western Europe*, Londres: Croom Helm, 1980 pp. 197-229.

[27] Para un análisis que rompe con la noción corriente de que la historia política de Grecia contemporánea debe entenderse en términos de luchas personalistas, intervención extranjera y golpes militares, y en el que se concede especial importancia a la llamada "política de masas" como base de dicha historia, cf. G.T. Mavrogordatos, *Stillborn Republic: Social Conditions and Party Strategies in Greece 1922-1936*. California University Press, 1983.

[28] "Clase de servicio" en el sentido de Diensklasse como aparece en K. Renner, *Wandlungen der modernen Gesellschaft*, Viena, 1953, p. 119.

[29] Para la evolución de la Iglesia como clase de servicio, G. Hermet, *Les catholiques dans l'Espagne franquiste*, París: Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1981, 2 vols.

[30] Sobre represión selectiva en Portugal, cf. T. Gallagher "Controlled repression in Salazar's Portugal" *Journal of Contemporary History*, Vol. 14 (1979) pp. 385-402. Sobre la ideología inicial de exterminio del enemigo, cf. A. Reig Tapia, "Consideraciones

metodológicas para el estudio de la represión franquista en la Guerra Civil", *Sistema*, No. 33 Noviembre, 1979, pp. 99-128.

[31] Para las masivas concesiones realizadas por los comunistas italianos, cf. P. Ginsborg (1990), pp. 42-48 y *passim*.

[32] P. Hazard, *La pensée européenne au XVIII e siècle*, (Paris: 1946) y R. Herr, *The Eighteenth Century Revolution in Spain*; A. Sérgio (1989), pp. 133-145.

[33] J.J. Linz "Europe's Southern Frontier: Evolving Trends Towards What", *Daedalus*, Invierno 1979, Vol. 108, p. 180. Sobre la relación entre religión y política en Italia y España, cf. F. Garelli (pp.11-100) y S. Giner y S. Sarasa (pp.101-154), en D. Hervieu-Léger (1992).

[34] M. Kolinski, *Continuity and Change in European Society* (Londres: Croom Helm, 1974) p. 17; R. Punset, "Maura y el maurismo: Perspectiva histórica de la revolución desde arriba", *Sistema*, nº 33, Noviembre 1979, pp. 129-141.

[35] J.J. Linz, "Crisis, Breakdown and Reequilibration", Vol. I de J.J.Linz y A. Stepan, eds. *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore: Johns Hopkins, 1978, pp. 11-13.

[36] S. Tarrow, "Italy 1978: Where everybody governs, does anyone govern", en B. Denitch, ed., *Legitimation of Regimes*, Londres: Sage, 1979, pp. 229-248.

[37] J. Caro Baroja, *La ciudad y el campo*, Barcelona: Alfaguara, 1966. L. Barzini, "Una grande calamità", *New York Review of Books*, 7 de febrero, 1980, pp. 43-45; P. Allum, "Ecologia politica di Napoli", en M. Dogan y O.M. Petracca, eds., *Partiti politici e strutture sociali in Italia*, Milán: Comunità, 1968, pp. 491-542.

[38] M. Maraffi "State/Economy relationships: the case of Italian republic enterprise" en *British Journal of Sociology*, Vol. XXXI, nº 4, (Diciembre, 1980) pp. 507-524.

[39] H.O. Schmitt, *Economic Stabilization and Growth in Portugal*, Washington: Fondo Monetario Internacional, Abril, 1981.

[40] M. Nikolinakos, "Die Internationalisierung des Arbeitsmarktes innerhalb der Europäischen Gemeinschaft", *International Labour Migration Project*, Berlin: Wissenschaftszentrum, International Institute for Comparative Social Studies, Octubre 1976, y varios otros estudios del mismo autor sobre temas afines.

[41] G. di Palma, "Italia, Portugallo, Spagna: Ipotesi su tre regimini alla prova", *Prospettiva Settanta*, Vol. III, nº 1 (enero-marzo, 1979) pp. 44-48.

[42] G. di Palma, "Italia, Portugallo, Spagna: Ipotesi su tre regimini alla prova", *Prospettiva Settanta*, Vol. III, nº 1 (enero-marzo, 1979), p. 43.

[43] P.C. Schmitter "Liberation by golpe: Retrospective thoughts on the Demise of Authoritarian Rule in Portugal", *Armed Forces and Society*, Vol. 2, nº 1, (Noviembre, 1976) pp. 5-33.

[44] Para el verdadero alcance de la reforma agraria portuguesa y las ocupaciones de tierras latifundistas, cf. A. de Barros, *A reforma agrária en Portugal*, Oeiras: Fundacao Calouste Gulbenkian, 1981.

[45] A. Lijphart, *The Politics of Accommodation: Pluralism and Democracy in the Netherlands*, Berkeley: Universidad de California, 1968.

[46] Para un análisis temprano de los procesos de desradicalización en la Europa Sur, cf. S. Giner (1984).

[47] Prácticamente existe unanimidad sobre la ausencia o debilidad endémica de la sociedad civil en la región. Algunos ejemplos: A. Pizzorno, "solo gli interessi borghesi sono capaci di suscitare forza associativa", en (1980), p. 37. P.C. Schmitter piensa que aparte de ciertos enclaves, el Sur no tiene una "viable civil society". Véase en G. O'Donnell y P.C. Schmitter (comps.), *Transitions from Authoritarian Rule*, (Johns Hopkins University Press, 1986, p. 187, G. Mavrogordatos, "Civil society is debilitated, if not simply pulverized", en *From Dictatorship to Populism: Organized interests in Greece*, (Multicopiado, Estudio para el Proyecto "Organized interests in Southern Europe", Instituto Universitario Europeo, Florencia, 1988, p. 5 y passim.

BIBLIOGRAFIA:

Arrighi, G., Ed. (1985), *Semiperipheral Development: The Politics of Southern Europe in the Twentieth Century*, Beverly Hills: Sage Publications

Bayley, A. (1981), "The Anthropology of Southern Europe: Towards an Integrated Explanatory Framework", *Critique of Anthropology*, no. 16, Spring, Vol. IV, pp. 56-57

Burke, P. Ed. (1979), *The New Cambridge Modern History*, Vol. XII, pp. 318-361

Braudel, F. (1966), *La méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* Paris: Armand Colin, Vols. I y II

Cabral, M.V. (1979), *Portugal na alvorada do século XX*, Lisboa: A Regra do Jogo

Cafagna, L. (1975), "Italy 1830-1914", C. Cipolla, comp. *The Emergence of Industrial Societies*, I Parte, Londres: Collins (Fontana Economic History of Europe).

Cattaneo, C. (1961), *La società umana*, Milán: Mondadori, pp. 21-48

Diamandouros, N. et al. (1986), *A Bibliographical Essay on Southern Europe and its Recent Transition to Political Democracy* Instituto Universitario Europeo, Working Paper 86/208.

Fontana, J. y Nadal, J. (1975), "Spain 1914-1970" en C. Cipolla, comp. *Contemporary Economies*, II parte. Londres: Collins (Fontana Economic History of Europe).

Gallagher, T. (1979), "Controlled Repression in Salazar's Portugal", *Journal of Contemporary History*, Vol. 14.

Giner, S. and Sevilla, E. (1980), "From Despotism to Parliamentarianism: Class Domination and Political Order in the Spanish State" en R. Scase, comp. *The State in Western Europe*, Londres: Croom Helm, pp. 197-229

Giner, S. (1984), *The Social Structure of Catalonia*, Universidad de Sheffield

Ginsborg, P. (1990), *A History of Contemporary Italy*, London: Penguin

Graham, S.L. y Makler, H.M., comps. (1979), *Contemporary Portugal: The Revolution and its Antecedents*, Universidad de Texas

Hermet, G. (1980), "L'exotisme superflu: réflexion sur les systèmes politiques de l'Europe du Sud", *Politique étrangère*, Vol. no. pp.127-142; trad. castellana "Reflexión sobre los sistemas políticos de la Europa del Sur", *Arbor*, 1981, no. 425, pp. 8-25

Harvey, C. (1982), *The Rio Tinto Company: An economic history of a leading international mining concern, 1873-1954*, Londres: Alison Hodge

Hervieu-Leger, D. et al (1992), *La Religione degli Europei*, Turín: Fondazione Agnelli

Izard, M. (1978), *El segle XIX: Burgesos i proletaris*, Barcelona: Dopesa

Linz, J. (1979), "Europe's Southern Frontier: Evolving Trends toward What?" *Daedalus*, Winter, 1979, vol. 108, no. 1, pp. 175-210. (En castellano: 'La frontera Sur de Europa: Tendencias evolutivas', *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 1980, no. 9, Enero-marzo, pp. 7-52).

Lucena, M. de (s.f.), *O estado da revolução: a Constituição de 18976*, Lisboa: Sojornal

Mackay, A. (1977), *Spain in the Middle Ages*, Londres: Macmillan

Malefakis, E. (1992), "Southern Europe in the 19th and 20th Centuries: an Historical Overview", *Estudios/Working Papers*, Madrid: Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones

Maravall, J. M. (1992), "What is Left? Social Democratic Policies in Southern Europe", *Estudios/Working Papers*, Madrid: Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones

Mavrogordatos, G. Th. (S.F.), *Stillborn Republic: Social Coalitions and Party Strategies in Greece, 1922-1936*, Berkeley: University of California Press

Mazower, M. (1993), *Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation (1941-1944)*, Yale University Press

Mouzelis, N. (1978), *Modern Greece: Facets of Underdevelopment*, Londres: Macmillan

Mouzelis, N. (1984), "The Rise and Decline of Southern European Socialism", *New left Review*, no. 146, pp. 37-52

Mouzelis, N. (1986), *The Semiperiphery: Early Parliamentarism and Late Industrialization in the Balkans and in Latin America* Londres: Macmillan

Nadal, J. (1975), *El Fracaso de la revolución industrial en España*, Barcelona: Ariel

Pizzorno, A. (1980), *I soggetti del pluralismo: classi, partiti, sindacati*, Bolonia: Il Mulino

Pereira, M. Halpern (1971), *Livre cambio o desenvolvimento económico*, Lisboa: Cosmos

Pinto, A. Costya (1991), *The Salazar 'New State and European Fascism*, *European University Institute Working Papers in History*, 91/12

Ribeiro, O. (1987), Portugal, o Mediterrâneo e o Atlantico, Lisboa: Livraria Sá da Costa, (5ª ed.).

Shils, E. (1975), Center and Periphery Universidad de Chicago

Triglia, C. (1992), Sviluppo senza Autonomia: Effetti perversi delle politiche nel Mezzogiorno, Bologna: Il Mulino

Tsoucalas, C. (1969), The Greek Tragedy, Marmondsworth: Penguin

Vilar, P. (1962), La Catalogne dans l'Espagne moderne, Paris: SEVPEN

VV. AA. (1979), "Cambio social en la Europa mediterránea", no. monográfico de Papers, Revista de Sociología, no. 11.

Wallerstein, I. (1979), The Capitalist World Economy, Universidad de Cambridge

Wolf, S.J., comp. (1968), The Nature of Fascism, Londres: Weidenfeld